BOLETIN ECLESIASTICO

ÓRGANO INFORMATIVO DE LA ARQUIDIÓCESIS DE QUITO

Año CXI Jul. / Ago. / Sep. del 2006



Mons. René Coba Galarza y
Mons. Danilo Echeverría Verdesoto
durante su ordenación episcopal
del viernes 11 de agosto del 2006,
en la Catedral Primada de Quito

Contenido

Continúa en el interior de la contraportada

Director: Mons. Héctor Soria S. Telf.: 2282 031
Apartado 17-01-00106. Quito - Ecuador

EDITORIAL

EL CASO DE LOS "SACERDOTES FALSOS"

Es sumamente doloroso el caso de algunos hermanos que, fingiendo ser sacerdotes, engañan a muchas personas, inclusive a los mismos fieles católicos. Con la mayor sangre fría y sin el menor respeto a las cosas de Dios, simulan la celebración de la Santísima Eucaristía y la administración de los sacramentos del Bautismo, de la Confesión, de la Confirmación y del Matrimonio. Por consiguiente, al aparentar ser sacerdotes y al simular la administración de los sacramentos, estos hermanos cometen los delitos tipificados en el Código de Derecho Canónico y se hacen merecedores de las penas eclesiásticas establecidas para cada uno de los delitos.

El mismo sacramento del Bautismo recibido de manos de estos "falsos sacerdotes" resulta dudosamente válido. En cuanto a los demás sacramentos son absolutamente nulos. Con razón el señor Arzobispo de Quito ha encargado a los Párrocos de Santiago de Chillogallo y de la Sagrada Familia de la Rumiñahui la reiteración de los sacramentos a los fieles católicos que han sido engañados por los "falsos sacerdotes".

Igualmente doloroso es el caso de algunos ministros de las iglesias separadas, iglesias autónomas e iglesias ecuménicas que, dolosa e ilegalmente, ofrecen servicios religiosos y administran los sacramentos a nuestros fieles, aparentando ser sacerdotes católicos, cuando sólo deberían prestar sus servi-

cios religiosos a los miembros de sus respectivas Iglesias. También a estos hermanos se aplica lo dicho acerca de los "sacerdotes falsos", porque los fieles católicos no podemos recibir los sacramentos de la fe si no es de manos de los Obispos y de los Sacerdotes católicos.

En todo lo acontecido en los últimos tiempos, también los padres de familia tienen su culpabilidad y deberían recibir una sanción canónica fuerte por haber entregado a sus hijos a los "sacerdotes falsos" o a los ministros de iglesias acatólicas, movidos en ciertos casos por la ignorancia y en otros por la ley del menor esfuerzo, dado que en las parroquias católicas los párrocos son muy exigentes en todo cuanto se refiere a la catequesis en general y a la catequesis de preparación de los niños, jóvenes y adultos para la recepción de cada uno de los sacramentos de la Iglesia.

Finalmente, los sacerdotes católicos, principalmente los párrocos, podemos también resultar responsables de tan preocupante y dolorosa situación, porque no atendemos debidamente a todos los barrios de nuestras parroquias, porque no ofrecemos a nuestros feligreses las debidas facilidades, o porque preferimos dar marcha atrás, permitiendo que los "lobos modernos" causen estrago a nuestros rebaños. A propósito, necesitamos leer una vez más los clásicos sermones de san Agustín sobre los pastores.

Documentos de la Santa Sede

V ENCUENTRO MUNDIAL DE LAS FAMILIAS CON EL PAPA BENEDICTO XVI EN VALENCIA, ESPAÑA

Discurso durante la ceremonia de bienvenida en el aeropuerto de Valencia, sábado 8 de julio

LA FAMILIA TIENE UN PAPEL CENTRAL PARA LA IGLESIA Y PARA LA SOCIEDAD

Majestades; señor presidente del Gobierno y distinguidas autoridades; señores cardenales y hermanos en el episcopado; queridos hermanos y hermanas:

1. Con gran emoción llego hoy a Valencia, a la noble y siempre querida España, que tan gratos recuerdos me ha dejado en mis precedentes visitas para participar en congresos y reuniones.

2. Saludo cordialmente a todos, a los que están aquí presentes y a cuantos siguen este acto por los medios de comunicación.

Agradezco a su majestad el rey don Juan Carlos su presencia aquí, junto con la reina y, especialmente, las palabras de bienvenida que me ha dirigido en nombre del pueblo español.

Expreso también mi deferente reconocimiento al señor presidente del Gobierno y a las demás autoridades nacionales, autonómicas y municipales, manifestándoles mi gratitud por la colaboración prestada para la mejor realización de este V Encuentro mundial.

Saludo con afecto a monseñor Agustín García-Gasco, arzobispo de Valencia, y a sus obispos auxiliares; así como a toda la archi-

diócesis levantina que me ofrece una calurosa acogida en el marco de este Encuentro mundial, y que estos días acompaña en el dolor a las familias que lloran por sus seres queridos, víctimas de un trágico episodio, y que se siente cercana también a los heridos.

Mis afectuosos saludos se dirigen también al presidente del Consejo pontificio para la familia, cardenal Alfonso López Trujillo, así como a los demás cardenales, al presidente y miembros de la Conferencia episcopal española, a los sacerdotes, a las personas consagradas y a todos lo fieles laicos.

3. El motivo de esta esperada visita es participar en el V Encuentro mundial de las familias, cuyo tema es «La transmisión de la fe en la familia». Mi deseo es proponer el papel central, para la Iglesia y la sociedad, que tiene la familia fundada en el matrimonio. Esta es una institución insustituible según los planes de Dios, y cuyo valor fundamental la Iglesia no puede dejar de anunciar y promover, para que sea vivido siempre con sentido de responsabilidad y alegría.

4. Mi venerado predecesor y gran amigo de España, el querido Juan Pablo II, convocó este Encuentro. Movido por la misma solicitud pastoral, mañana tendré la dicha de clausurarlo con la celebración de la santa misa en la Ciudad de las artes y las ciencias.

Muy unido a todos los participantes, imploraré del Señor, por intercesión de nuestra Madre santísima y del apóstol Santiago, abundantes gracias para las familias de España y de todo el mundo.

¡Que el Señor bendiga copiosamente a todos vosotros y a vuestras queridas familias!

OS DOY LA MÁS CORDIAL BIENVENIDA EN NOMBRE DEL PUEBLO ESPAÑOL

Palabras del rey de España, Juan Carlos I, durante la ceremonia de bienvenida en el aeropuerto de Valencia

Santidad:

Permitidme manifestaros el gran honor y la especial satisfacción que la reina y yo sentimos al poder recibiros esta mañana en Valencia, al inicio de una visita que esperábamos con particular ilusión.

Agradecemos a Vuestra Santidad las sentidas palabras de cariño y aliento que habéis dirigido a Valencia y a España entera, aún conmocionadas por la terrible tragedia de principios de esta semana, que ha costado la vida a cuarenta y dos ciudadanos y causado numerosos heridos.

La presencia de Vuestra Santidad entre nosotros trae un gran consuelo para todos y, muy en particular, para las familias que acaban de perder a sus seres queridos.

Esta es la primera vez que, como Sumo Pontífice, pisáis tierra española. Os damos de corazón nuestra más afectuosa bienvenida y os deseamos una muy feliz estancia en España.

Mantenemos muy presente en nuestra memoria la hermosa y emotiva ceremonia que, hace poco más de un año, dio inicio a vuestro pontificado, así como la muy amable y entrañable audiencia que, pocos meses después, Vuestra Santidad tuvo a bien concedernos en vuestra residencia en Castelgandolfo.

Con tal motivo, ya nos hicisteis partícipes de vuestro profundo afecto por España y de vuestra ilusión por acudir a esta importante cita en Valencia.

Un afecto que arranca de vuestro amplio conocimiento de nuestra historia y que, sabemos, habéis cultivado en las numerosas ocasiones previas en que habéis viajado a nuestro país.

Madrid, El Escorial, Salamanca, Ávila, Toledo, Pamplona y Murcia fueron etapas de vuestra intensa actividad pastoral y académica en España como cardenal prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe. Seis importantes conferencias y una homilía son el centro de la huella de vuestro paso por nuestras tierras; una huella de alto contenido teológico que la Conferencia episcopal española ha recogido en un hermoso libro.

Hoy os recibimos, Santo Padre, en esta histórica y luminosa ciudad de Valencia. Apreciamos y agradecemos, en muy alto grado, que hayáis escogido a España como destino de uno de los primeros viajes pastorales de vuestro pontificado.

Constituye para nosotros un reconocimiento a la intensidad y profundidad de los lazos que, desde hace tantos siglos, vinculan a la Iglesia y a España, y que cuentan desde hace casi tres décadas, con un marco de entendimiento acorde con las disposiciones de nuestra Constitución.

Unos lazos que merecieron siempre la afectuosa y generosa dedicación de vuestro predecesor, Su Santidad el Papa Juan Pablo II, esa gran figura universal de imborrable recuerdo, que nos visitó en cinco ocasiones y a quien hoy quiero rendir un sentido homenaje como infatigable luchador de las causas más nobles, como probado amigo de España, a la que siempre colmó con el calor de su respaldo y el ánimo de su aliento.

Llegáis a España en el año en que celebramos el V centenario del nacimiento de san Francisco Javier, un ilustre hijo de España, ejemplo de firmes convicciones, de generosa atención a los más necesitados, de respetuoso amor hacia los seres humanos de distintas latitudes, credos y culturas, y paradigma de solidaria entrega a los demás.

Proclamado por la Iglesia, a muy justo título, patrón de todos los misioneros del mundo, la huella de ese gran navarro que fue san Francisco Javier sigue presente en la vocación abierta y solidaria que anima a la sociedad española y distingue en particular a nuestra juventud.

La España que os acoge es un país moderno, dinámico y solidario, una antigua y gran nación plural y diversa, fiel a sus tradiciones, amante de la paz, la justicia y la libertad.

Un país que, en las últimas décadas, y gracias al esfuerzo de todos los españoles, ha vivido el más largo período de modernización y prosperidad de toda su historia, en un clima de estabilidad fruto del marco de concordia, respeto mutuo y convivencia democrática que nos hemos querido dar.

Santidad, en Valencia os esperan muchos miles de españoles y de fieles de todo el mundo, venidos para asistir al V Encuentro mundial de las familias.

> *La familia, núcleo esencial de la vida, de la transmisión de valores y de la formación del ser humano.*

La Iglesia católica tiene puestos sus ojos en dicho Encuentro. Un Encuentro volcado sobre la familia, núcleo esencial de la vida, de la transmisión de valores y de la formación del ser humano.

Desde esta Comunidad valenciana, semillero de muchas vocaciones; y desde la ciudad de Valencia, convertida estos días en capital mundial de las familias cristianas, millones de personas van a poder seguir a Vuestra Santidad a través de los medios de comunicación.

Conocemos vuestra incansable entrega a la Iglesia. Como hombre de oración y pensamiento profundo, os habéis pronunciado sobre las principales alegrías y preocupaciones del ser humano.

Desde el respeto a la dignidad humana, no podemos permanecer impasibles ante las guerras, el terrorismo, la violencia, el hambre, la pobreza, la injusticia, la violación de los derechos humanos o la falta de libertad. Requieren de nuestro compromiso y entrega para borrarlos de la faz de la tierra.

Santidad, vuestra esperada estancia entre nosotros, vuestra palabra y vuestro aliento servirán, sin duda, para reforzar la amplia admiración y el respeto que vuestra persona suscita.

Os reitero la más cordial bienvenida en nombre del pueblo español, del Gobierno de España, de las autoridades autonómicas y locales de Valencia, así como en nombre de toda mi familia y en el mío propio.

¡Muchas gracias, Santo Padre, por venir a España, y muy feliz estancia en esta querida tierra de Valencia, que hoy os brinda su mayor hospitalidad!

Mensaje del Santo Padre a los obispos de España, firmado y entregado en la Catedral

PRESCINDIR DE DIOS HIPOTECA EL FUTURO DE LA CULTURA Y DE LA SOCIEDAD



Queridos hermanos en el episcopado:

Con gozo en el corazón, doy gracias al Señor por haber podido venir a España como Papa, para participar en el Encuentro mundial de las familias en Valencia. Os saludo con afecto, hermanos obispos de este querido país, y os agradezco vuestra presencia y los muchos esfuerzos que habéis realizado en su preparación y celebración. Aprecio particularmente el gran trabajo llevado a cabo por el señor arzobispo de Valencia y sus obispos auxiliares para que este acontecimiento tan significativo para toda la Iglesia obtenga los frutos deseados, contribuyendo a dar un nuevo impulso a la familia como santuario del amor, de la vida y de la fe.

En realidad, la solicitud de todos vosotros ha hecho posible que se haya creado ya un ambiente de familia entre los mismos colaboradores y participantes de las diversas partes de España. Es un aspecto prometedor ante los deseos que habéis expresado en vuestro mensaje colectivo sobre este Encuentro mundial, y también una invitación a recibir los frutos del mismo para proseguir una incesante e incisiva pastoral familiar en vuestras diócesis, que haga entrar en cada hogar el mensaje evangélico, que fortalece y da nuevas dimensiones al amor, ayudando así a superar las dificultades que encuentra en su camino.

Sabéis que sigo de cerca y con mucho interés los acontecimientos de la Iglesia en vuestro país, de profunda raigambre cristiana y que tanto ha aportado y está llamada a aportar al testimonio de la fe y a su difusión en otras muchas partes del mundo. Mantened vivo y vigoroso este espíritu, que ha acompañado la vida de los españoles en su historia, para que siga nutriendo y dando vitalidad al alma de vuestro pueblo.

Conozco y aliento el impulso que estáis dando a la acción pastoral, en un tiempo de rápida secularización, que a veces afecta incluso a la vida interna de las comunidades cristianas. Seguid, pues, proclamando sin desánimo que prescindir de Dios, actuar como si no existiera o relegar la fe al ámbito meramente privado, socava la verdad del hombre e hipoteca el futuro de la cultura y de la sociedad. Por el contrario, dirigir la mirada al Dios vivo, garante de nuestra libertad y de la verdad, es una premisa para llegar a una humanidad nueva. El mundo necesita hoy de modo particular que se anuncie y se dé testimonio de Dios que es amor y, por tanto, la única luz que, en el fondo, ilumina la oscuridad del mundo y nos da la fuerza para vivir y actuar (cf. *Deus caritas est*, 39).

En momentos o situaciones difíciles, recordad aquellas palabras de la *carta a los Hebreos*: «Corramos en la carrera que nos toca, sin retirarnos, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe: Jesús, que, renunciando al gozo inmediato, soportó la cruz, sin miedo a la ignominia (...), y no os canséis ni perdáis el ánimo» (*Hb* 12, 1-3). Proclamad que Jesús es «el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (*Mt* 16, 16), «el que tiene palabras de vida eterna» (cf. *Jn* 6, 68), y no os canséis de dar razón de vuestra esperanza (cf. *1 P* 3, 15).

Movidos por vuestra solicitud pastoral y el espíritu de plena comunión en el anuncio del Evangelio, habéis orientado la conciencia cristiana de vuestros fieles sobre diversos aspectos de la

realidad ante la cual se encuentran y que en ocasiones perturban la vida eclesial y la fe de los sencillos. Así mismo, habéis puesto la Eucaristía como tema central de vuestro *Plan de pastoral,* con el, fin de «revitalizar la vida cristiana desde su mismo corazón, pues adentrándonos en el misterio eucarístico entramos en el corazón de Dios» (n. 5). Ciertamente, en la Eucaristía se realiza «el acto central de transformación capaz de renovar verdaderamente el mundo» *(Homilía en Marienfeld,* Colonia, 21 de agosto de 2005).

Hermanos en el episcopado, os exhorto encarecidamente a mantener y acrecentar vuestra comunión fraterna, testimonio y ejemplo de la comunión eclesial que ha de reinar en todo el pueblo fiel que se os ha confiado. Ruego por vosotros, ruego por España. Os pido que oréis por mí y por toda la Iglesia. Invoco a la santísima Virgen María, tan venerada en vuestras tierras, para que os ampare y acompañe en vuestro ministerio pastoral, a la vez que os imparto con gran afecto la bendición apostólica.

Benedictus PP XVI

Valencia, 8 de julio de 2006

Homilía durante el encuentro festivo y testimonial, el sábado 8 de julio por la noche

LA FAMILIA ES UN BIEN NECESARIO PARA LOS PUEBLOS

Amados hermanos y hermanas:

Siento un gran gozo al participar en este encuentro de oración, en el cual se quiere celebrar con gran alegría el don divino de la familia. Me siento muy cercano con la oración a todos los que han vivido recientemente el luto en esta ciudad, y con la esperanza en Cristo resucitado, que da aliento y luz aun en los momentos de mayor desgracia humana.

Unidos por la misma fe en Cristo, nos hemos congregado aquí, desde tantas partes del mundo, como una comunidad que agradece y da testimonio con júbilo de que el ser humano fue creado a imagen y semejanza de Dios para amar y que sólo se realiza plenamente a sí mismo cuando hace entrega sincera de sí a los demás. La familia es el ámbito privilegiado donde cada persona aprende a dar y recibir amor. Por eso la Iglesia manifiesta constantemente su solicitud pastoral por este espacio fundamental para la persona humana. Así lo enseña en su Magisterio: «Dios, que es amor y creó al hombre por amor, lo ha llamado a amar. Creando al hombre y a la mujer, los ha llamado en el matrimonio a una íntima comunión de vida y amor entre ellos, "de manera que ya no son dos, sino una sola carne" (*Mt* 19,6» (*Compendio del Catecismo de la Iglesia católica,* 337).

Esta es la verdad que la Iglesia proclama sin cesar al mundo. Mi querido predecesor Juan Pablo II, decía que «el hombre se ha convertido en "imagen y semejanza" de Dios, no sólo a través de

la propia humanidad, sino también a través de la comunión de las personas que el varón y la mujer forman desde el principio. Se convierten en imagen de Dios, no tanto en el momento de la soledad, cuanto en el momento de la comunión» (*Catequesis*, 14 de noviembre de 1979). Por eso he confirmado la convocatoria de este V Encuentro mundial de las familias en España, y concretamente en Valencia, rica en sus tradiciones y orgullosa de la fe cristiana que se vive y cultiva en tantas familias.

> *La familia es una institución intermedia entre el individuo y la sociedad, y nada la puede suplir totalmente.*

La familia es una institución intermedia entre el individuo y la sociedad, y nada la puede suplir totalmente. Ella misma se apoya sobre todo en una profunda relación interpersonal entre el esposo y la esposa, sostenida por el afecto y comprensión mutua. Para ello recibe la abundante ayuda de Dios en el sacramento del matrimonio, que comporta verdadera vocación a la santidad. Ojalá que los hijos contemplen más los momentos de armonía y afecto de los padres, que no los de discordia o distanciamiento, pues el amor entre el padre y la madre ofrece a los hijos una gran seguridad y les enseña la belleza del amor fiel y duradero.

La familia es un bien necesario para los pueblos, un fundamento indispensable para la sociedad y un gran tesoro de los esposos durante toda su vida. Es un bien insustituible para los hijos, que han de ser fruto del amor, de la donación total y generosa de los padres. Proclamar la verdad integral de la familia, fundada en el matrimonio como *Iglesia doméstica* y *santuario de la vida*: es una gran responsabilidad de todos.

El padre y la madre se han dicho un «sí» total ante Dios, lo cual

constituye la base del sacramento que les une; asimismo, para que la relación interna de la familia sea completa, es necesario que digan también un «sí» de aceptación a sus hijos, a los que han engendrado o adoptado y que tienen su propia personalidad y carácter. Así, estos irán creciendo en un clima de aceptación y amor, y es de desear que al alcanzar una madurez suficiente quieran dar a su vez un «sí» a quienes les han dado la vida.

Los desafíos de la sociedad actual, marcada por la dispersión que se genera sobre todo en el ámbito urbano, hacen necesario garantizar que las familias no estén solas. Un pequeño núcleo familiar puede encontrar obstáculos difíciles de superar si se encuentra aislado del resto de sus parientes y amistades. Por ello, la comunidad eclesial tiene la responsabilidad de ofrecer acompañamiento, estímulo y alimento espiritual que fortalezca la cohesión familiar, sobre todo en las pruebas o momentos críticos. En este sentido, es muy importante la labor de las parroquias, así como de las diversas asociaciones eclesiales, llamadas a colaborar como redes de apoyo y mano cercana de la Iglesia para el crecimiento de la familia en la fe.

Cristo ha revelado cuál es siempre la fuente suprema de la vida para todos y, por tanto, también para la familia: «Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que quien da la vida por sus amigos» (*Jn* 15, 12-13). El amor de Dios mismo se ha derramado sobre nosotros en el bautismo. De ahí que las familias están llamadas a vivir esa calidad de amor, pues el Señor es quien se hace garante de que eso sea posible para nosotros a través del amor humano, sensible, afectuoso y misericordioso como el de Cristo.

Junto con la transmisión de la fe y del amor del Señor, una de las tareas más grandes de la familia es la de formar personas libres y responsables. Por ello los padres han de ir *devolviendo* a sus hi-

jos la libertad, de la cual durante algún tiempo son tutores. Si estos ven que sus padres -y en general los adultos que les rodean- viven la vida con alegría y entusiasmo, incluso a pesar de las dificultades, crecerá en ellos más fácilmente ese gozo profundo de vivir que les ayudará a superar con acierto los posibles obstáculos y contrariedades que conlleva la vida humana. Además, cuando la familia no se cierra en sí misma, los hijos van aprendiendo que toda persona es digna de ser amada, y que hay una fraternidad fundamental universal entre todos los seres humanos.

Este V Encuentro mundial nos invita a reflexionar sobre un tema de particular importancia y que comporta una gran responsabilidad para nosotros: «*La transmisión de la fe en la familia*». Lo expresa muy bien el *Catecismo de la Iglesia católica*: «Como una madre que enseña a sus hijos a hablar y con ello a comprender y comunicar, la Iglesia, nuestra Madre, nos enseña el lenguaje de la fe para introducimos en la inteligencia y la vida de fe» (n. 171).

Como se simboliza en la liturgia del bautismo, con la entrega del cirio encendido, los padres son asociados al misterio de la nueva vida como hijos de Dios, que se recibe con las aguas bautismales.

Transmitir la fe a los hijos, con la ayuda de otras personas e instituciones como la parroquia, la escuela o las asociaciones católicas, es una responsabilidad que los padres no pueden olvidar, descuidar o delegar totalmente. «La familia cristiana es llamada *iglesia doméstica*, porque manifiesta y realiza la naturaleza comunitaria y familiar de la Iglesia en cuanto familia de Dios. Cada miembro, según su propio papel, ejerce el sacerdocio bautismal, contribuyendo a hacer de la familia una comunidad de gracia y de oración, escuela de virtudes humanas y cristianas y lugar del primer anuncio de la fe a los hijos» (*Compendio del Catecismo de la Iglesia católica*, 350). Y además: «Los padres, partícipes de la pa-

ternidad divina, son los primeros responsables de la educación de sus hijos y los primeros anunciadores de la fe. Tienen el deber de amar y de respetar a sus hijos como *personas* y como *hijos de Dios*... En especial, tienen la misión de educarlos en la fe cristiana» *(ib.*, 460).

> *El lenguaje de la fe se aprende en los hogares donde esta fe crece y se fortalece a través de la oración y de la práctica cristiana.*

El lenguaje de la fe se aprende en los hogares donde esta fe crece y se fortalece a través de la oración y de la práctica cristiana. En la lectura del *Deuteronomio* hemos escuchado la oración repetida constantemente por el pueblo elegido, la *Shema Israel*, y que Jesús escucharía y repetiría en su hogar de Nazaret. El mismo la recordaría durante su vida pública, como nos refiere el evangelio de Marcos (cf. *Mc* 12, 29). Esta es la fe de la Iglesia que viene del amor de Dios, por medio de vuestras familias. Vivir la integridad de esta fe, en su maravillosa novedad, es un gran regalo. Pero en los momentos en que parece que se oculta el rostro de Dios, creer es difícil y cuesta un gran esfuerzo.

Este encuentro da nuevo aliento para seguir anunciando el Evangelio de la familia, reafirmar su vigencia e identidad basada en el matrimonio abierto al don generoso de la vida, y donde se acompaña a los hijos en su crecimiento corporal y espiritual. De este modo se contrarresta un hedonismo muy difundido, que banaliza las relaciones humanas y las vacía de su genuino valor y belleza. Promover los valores del matrimonio no impide gustar plenamente la felicidad que el hombre y la mujer encuentran en su amor mutuo. La fe y la ética cristiana, pues, no pretenden ahogar el amor, sino hacerla más sano, fuerte y realmente libre. Para ello, el amor humano necesita ser purificado y madurar para ser plenamente humano y principio de una alegría verdadera

y duradera (cf. *Discurso en San Juan de Letrán*, 5 de junio de 2006).

Invito, pues, a los gobernantes y legisladores a reflexionar sobre el bien evidente que los hogares en paz y en armonía aseguran al hombre, a la familia, centro neurálgico de la sociedad, como recuerda la Santa Sede en la *Carta de los derechos de la familia.* El objeto de las leyes es el bien integral del hombre, la respuesta a sus necesidades y aspiraciones. Esto es una ayuda notable a la sociedad, de la cual no se puede privar y para los pueblos es una salvaguarda y una purificación. Además, la familia es una escuela de humanización del hombre, para que crezca hasta hacerse verdaderamente hombre. En este sentido, la experiencia de ser amados por los padres lleva a los hijos a tener conciencia de su dignidad de hijos.

La criatura concebida ha de ser educada en la fe, amada y protegida. Los hijos, con el fundamental derecho a nacer y ser educados en la fe, tienen derecho a un hogar que tenga como modelo el de Nazaret y sean preservados de toda clase de insidias y amenazas. Yo soy abuelo del mundo, hemos escuchado.

Deseo referirme ahora a los abuelos, tan importantes en las familias. Ellos pueden ser -y son tantas veces- los garantes del afecto y la ternura que todo ser humano necesita dar y recibir. Ellos dan a los pequeños la perspectiva del tiempo, son memoria y riqueza de las familias. Ojalá que, bajo ningún concepto, sean excluidos del circulo familiar. Son un tesoro que no podemos arrebatarles a las nuevas generaciones, sobre todo cuando dan testimonio de fe ante la cercanía de la muerte.

Quiero ahora recitar una parte de la oración que habéis rezado pidiendo por el buen fruto de este Encuentro mundial de las familias:

Oh, Dios, que en la Sagrada Familia
nos dejaste un modelo perfecto
de vida familiar vivida en la fe
y la obediencia a tu voluntad.
Ayúdanos a ser ejemplo de fe y amor
a tus mandamientos.
Socórrenos en nuestra misión
de transmitir la fe a nuestros hijos.
Abre su corazón para que
crezca en ellos la semilla de la fe
que recibieron en el bautismo.
Fortalece la fe de nuestros jóvenes,
para que crezcan en el conocimiento
de Jesús.
Aumenta el amor y la fidelidad
en todos los matrimonios,
especialmente aquellos que pasan por
momentos de sufrimiento o dificultad.
(...)
Unidos a José y María,
te lo pedimos por Jesucristo tu Hijo,
nuestro Señor. Amén.

Homilía durante la concelebración eucarística de clausura del Encuentro, domingo 9 de julio

Los padres cristianos están llamados a dar un testimonio creíble de su fe y esperanza

Queridos hermanos y hermanas:

En esta santa misa que tengo la inmensa alegría de presidir, concelebrando con numerosos hermanos en el episcopado y con un gran número de sacerdotes, doy gracias al Señor por todas las amadas familias que os habéis congregado aquí formando una multitud jubilosa, y también por tantas otras que, desde lejanas tierras, seguís esta celebración a través de la radio y la televisión. A todos deseo saludaros y expresaros mi gran afecto con un abrazo de paz.

Los testimonios de Ester y Pablo, que hemos escuchado antes en las lecturas, muestran cómo la familia está llamada a colaborar en la transmisión de la fe. Ester confiesa: «Mi padre me ha contado que tú, Señor, escogiste a Israel entre las naciones» (*Est* 14, 5). Pablo sigue la tradición de sus antepasados judíos dando culto a Dios con conciencia pura. Alaba la fe sincera de Timoteo y le recuerda «esa fe que tuvieron tu abuela Loide y tu madre Eunice, y que estoy seguro que tienes también tú» (2 *Tm* 1, 5). En estos testimonios bíblicos la familia comprende no sólo a padres e hijos, sino también a los abuelos y antepasados. La familia se nos muestra así como una comunidad de generaciones y garante de un patrimonio de tradiciones.

Ningún hombre se ha dado el ser a sí mismo ni ha adquirido por sí solo los conocimientos elementales para la vida. Todos hemos

recibido de otros la vida y las verdades básicas para la misma, y estamos llamados a alcanzar la perfección en relación y comunión amorosa con los demás. La familia, fundada en el matrimonio indisoluble entre un hombre y una mujer, expresa esta dimensión relacional, filial y comunitaria, y es el ámbito donde el hombre puede nacer con dignidad, crecer y desarrollarse de un modo integral.

Cuando un niño nace, a través de la relación con sus padres empieza a formar parte de una tradición familiar, que tiene raíces aún más antiguas. Con el don de la vida recibe todo un patrimonio de experiencia. A este respecto, los padres tienen el derecho y el deber inalienable de transmitirlo a los hijos: educarlos en el descubrimiento de su identidad, iniciarlos en la vida social, en el ejercicio responsable de su libertad moral y de su capacidad de amar a través de la experiencia de ser amados y, sobre todo, en el encuentro con Dios. Los hijos crecen y maduran humanamente en la medida en que acogen con confianza ese patrimonio y esa educación que van asumiendo progresivamente. De este modo son capaces de elaborar una síntesis personal entre lo recibido y lo nuevo, y que cada uno y cada generación está llamado a realizar.

Los esposos deben acoger al niño que les nace como hijo no sólo suyo, sino también de Dios

En el origen de todo hombre y, por tanto, en toda paternidad y maternidad humana está presente Dios Creador. Por eso los esposos deben acoger al niño que les nace como hijo no sólo suyo, sino también de Dios, que lo ama por sí mismo y lo llama a la filiación divina. Más aún: toda generación, toda paternidad y maternidad, toda familia tiene su principio en Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo.

A Ester su padre le había transmitido, con la memoria de sus antepasados y de su pueblo, la de un Dios del que todos proceden y al que todos están llamados a responder. La memoria de Dios Padre que ha elegido a su pueblo y que actúa en la historia para nuestra salvación. La memoria de este Padre ilumina la identidad más profunda de los hombres: de dónde venimos, quiénes somos y cuán grande es nuestra dignidad. Venimos ciertamente de nuestros padres y somos sus hijos, pero también venimos de Dios, que nos ha creado a su imagen y nos ha llamado a ser sus hijos. Por eso, en el origen de todo ser humano no existe el azar o la casualidad, sino un proyecto del amor de Dios. Es lo que nos ha revelado Jesucristo, verdadero Hijo de Dios y hombre perfecto. Él conocía de quién venía y de quién venimos todos: del amor de su Padre y Padre nuestro.

La fe no es, pues, una mera herencia cultural, sino una acción continua de la gracia de Dios que llama y de la libertad humana que puede o no adherirse a esa llamada. Aunque nadie responde por otro, sin embargo los padres cristianos están llamados a dar un testimonio creíble de su fe y esperanza cristiana. Han de procurar que la llamada de Dios y la buena nueva de Cristo lleguen a sus hijos con la mayor claridad y autenticidad.

Con el pasar de los años, este don de Dios que los padres han contribuido a poner ante los ojos de los pequeños necesitará también ser cultivado con sabiduría y dulzura, haciendo crecer en ellos la capacidad de discernimiento. De este modo, con el testimonio constante del amor conyugal de los padres, vivido e impregnado de la fe, y con el acompañamiento entrañable de la comunidad cristiana, se favorecerá que los hijos hagan suyo el don mismo de la fe, descubran con ella el sentido profundo de la propia existencia y se sientan gozosos y agradecidos por ello.

La familia cristiana transmite la fe cuando los padres enseñan a sus hijos a rezar y rezan con ellos (cf. *Familiaris consortio*, 60);

cuando los acercan a los sacramentos y los van introduciendo en la vida de la Iglesia; cuando todos se reúnen para leer la Biblia, iluminando la vida familiar a la luz de la fe y alabando a Dios como Padre.

En la cultura actual se exalta muy a menudo la libertad del individuo concebido como sujeto autónomo, como si se hiciera él sólo y se bastara a sí mismo, al margen de su relación con los demás y ajeno a su responsabilidad, ante ellos. Se intenta organizar la vida social sólo a partir de deseos subjetivos y mudables, sin referencia alguna a una verdad objetiva previa como son la dignidad de cada ser humano y sus deberes y derechos inalienables a cuyo servicio debe ponerse todo grupo social.

La verdadera libertad del ser humano proviene de haber sido creado a imagen y semejanza de Dios. Por ello, la educación cristiana es educación de la libertad y para la libertad.

La Iglesia no cesa de recordar que la verdadera libertad del ser humano proviene de haber sido creado a imagen y semejanza de Dios. Por ello, la educación cristiana es educación de la libertad y para la libertad. «Nosotros hacemos el bien no como esclavos, que no son libres de obrar de otra manera, sino que lo hacemos porque tenemos personalmente la responsabilidad con respecto al mundo; porque amamos la verdad y el bien, porque amamos a Dios mismo y, por tanto, también a sus criaturas. Esta es la libertad verdadera, a la que el Espíritu Santo quiere llevamos» (*Homilía en la vigilia de Pentecostés,* 3 de junio de 2006: *L'Osservatore Romano,* edición en lengua española, 9 de junio de 2006, p. 6).

Jesucristo es el hombre perfecto, ejemplo de libertad filial, que nos enseña a comunicar a los demás su mismo amor: «Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mí amor» (*Jn* 15, 9). A este respecto enseña el concilio Vaticano II que «los esposos y padres cristianos, siguiendo su propio camino, deben apoyarse mutuamente en la gracia, con un amor fiel a lo largo de toda su vida, y educar en la enseñanza cristiana y en los valores evangélicos a sus hijos, recibidos amorosamente de Dios. De esta manera ofrecen a todos el ejemplo de un amor incansable y generoso, construyen la fraternidad de amor y son testigos y colaboradores de la fecundidad de la Madre Iglesia como símbolo y participación de aquel amor con el que Cristo amó a su esposa y se entregó por ella» (*Lumen gentium*, 41).

La alegría amorosa con la que nuestros padres nos acogieron y acompañaron en los primeros pasos en este mundo es como un signo y prolongación sacramental del amor benevolente de Dios del que procedemos. La experiencia de ser acogidos y amados por Dios y por nuestros padres es la base firme que favorece siempre el crecimiento y desarrollo auténtico del hombre, que tanto nos ayuda a madurar en el camino hacia la verdad y el amor, y a salir de nosotros mismos para entrar en comunión con los demás y con Dios.

Para avanzar en ese camino de madurez humana, la Iglesia nos enseña a respetar y promover la maravillosa realidad del matrimonio indisoluble entre un hombre y una mujer, que es, además, el origen de la familia. Por eso, reconocer y ayudar a esta institución es uno de los mayores servicios que se pueden prestar hoy día al bien común y al verdadero desarrollo de los hombres y de las sociedades, así como la mejor garantía para asegurar la dignidad, la igualdad y la verdadera libertad de la persona humana.

En este sentido, quiero destacar la importancia y el papel positi-

vo que a favor del matrimonio y de la familia realizan las distintas asociaciones familiares eclesiales. Por eso, «deseo invitar a todos los cristianos a colaborar, cordial y valientemente con todos los hombres de buena voluntad, que viven su responsabilidad al servicio de la familia» (*Familiaris consortio*, 86), para que uniendo sus fuerzas y con una legitima pluralidad de iniciativas contribuyan a la promoción del verdadero bien de la familia en la sociedad actual.

Volvamos por un momento a la primera lectura de esta misa, tomada del libro de Ester. La Iglesia orante ha visto en esta humilde reina, que intercede con todo su ser por su pueblo que sufre, una prefiguración de María, que su Hijo nos ha dado a todos nosotros como Madre; una prefiguración de la Madre, que protege con su amor a la familia de Dios que peregrina en este mundo. María es la imagen ejemplar de todas las madres, de su gran misión como guardianas de la vida, de su misión de enseñar el arte de vivir, el arte de amar.

La familia cristiana -padre, madre e hijos- está llamada, pues, a cumplir los objetivos señalados no como algo impuesto desde fuera, sino como un don de la gracia del sacramento del matrimonio infundida en los esposos. Si estos permanecen abiertos al Espíritu y piden su ayuda, él no dejará de comunicarles el amor de Dios Padre manifestado y encarnado en Cristo. La presencia del Espíritu ayudará a los esposos a no perder de vista la fuente y medida de su amor y entrega, y a colaborar con él para reflejarlo y encarnarlo en todas las dimensiones de su vida. El Espíritu suscitará asimismo en ellos el anhelo del encuentro definitivo con Cristo en la casa de su Padre y Padre nuestro. Este es el mensaje de esperanza que desde Valencia quiero lanzar a todas las familias del mundo. Amén.

Discurso de Benedicto XVI
durante la ceremonia de despedida
en el aeropuerto de Valencia, 9 de julio

Os llevo en mi corazón

Majestades; señor presidente del Gobierno y distinguidas autoridades; señores cardenales y hermanos en el episcopado; queridos hermanos y hermanas:

1. Al concluir mi grata estancia en Valencia con motivo del V Encuentro mundial de las familias, agradezco vivamente a Sus Majestades los Reyes de España, a las autoridades de la nación, de la Generalitat, del Ayuntamiento y de la Diputación, así como al señor arzobispo y a todos vosotros, la amable hospitalidad que me habéis dispensado y las muestras de afecto en todos los momentos de mi visita a esta floreciente tierra levantina.

2. Confío en que, con la ayuda del Altísimo y la maternal protección de la Virgen María, este Encuentro siga resonando como un canto gozoso del amor, de la vida y de la fe compartida en las familias, ayudando al mundo de hoy a comprender que la alianza matrimonial, por la que el varón y la mujer establecen un vínculo permanente, es un gran bien para toda la humanidad.

3. Gracias por vuestra presencia aquí. Habéis venido de todos los continentes del mundo, con no pocos sacrificios que habéis afrontado y ofrecido al Señor. Os llevo, en mi corazón. Mis sentimientos se unen a mi oración para que el Todopoderoso os bendiga hoy y siempre.

PALABRAS DEL REY DON JUAN CARLOS DURANTE LA CEREMONIA DE DESPEDIDA

Santidad:

Muchas gracias por haber venido a esta muy querida ciudad de Valencia y haber aportado el soplo de vuestro consuelo ante la tragedia aquí vivida recientemente. Muchas gracias también por las amables y sentidas palabras, cargadas de afecto, que habéis dedicado a España y a los españoles.

Hoy concluye la primera visita a España de vuestro pontificado. Un pontificado que, os reiteramos de corazón, deseamos largo y fecundo.

La reina y yo queremos expresaros nuestra especial alegría y profunda satisfacción, al haber podido compartir con Vuestra Santidad unas horas tan gratas como intensas.

Han sido dos días marcados por el extraordinario seguimiento que, en Valencia, así como en el resto de España y en el mundo, ha concitado la celebración del V Encuentro mundial de las familias, contando con el estímulo de vuestra sabia autoridad y dirección.

Habéis recibido innumerables muestras de cariño, de cercanía y de respeto filial por parte de miles de familias.

Santo Padre, nos llena de reconocimiento y orgullo que España haya sido, en varias ocasiones, elegida para la celebración de importantes jornadas y encuentros de la Iglesia con indudable significación y proyección universal.

Hace ya diecisiete años que tuvimos el honor y la suerte de que

vuestro predecesor Su Santidad el Papa Juan Pablo II clausurara en Santiago de Compostela la IV Jornada mundial de la juventud.

Este año ha sido de nuevo España, y más concretamente esta hermosa y emprendedora ciudad de Valencia, la elegida para este V Encuentro mundial de las familias, que acaba de concluir. Mucho nos han reconfortado vuestras fraternales palabras de amor y esperanza, sin olvidar la fuerza de vuestro aliento a quienes más lo necesitan.

También la reina y yo agradecemos vuestras generosas muestras de afecto hacia nuestra familia.

Dentro de unas semanas celebraremos la festividad del Apóstol Santiago, patrón de España, camino y faro de Europa entera. Con tal motivo, os pedimos que tengáis especialmente presentes a España y a los españoles.

En nombre de todos, muchas gracias, Santo Padre, por vuestra inolvidable visita.

¡Feliz viaje de regreso a Roma! Bien sabéis que aquí también tenéis vuestra casa.

TEMA ELEGIDO POR EL PAPA PARA LA XL JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ, QUE SE CELEBRARÁ EL 1 DE ENERO DE 2007

«PERSONA HUMANA: CORAZÓN DE LA PAZ»

El Mensaje de Su Santidad Benedicto XVI para la XL *Jornada mundial de la paz*, que se celebrará el 1 de enero de 2007, estará dedicado al siguiente tema: «Persona humana: corazón de la paz». Este tema de reflexión, elegido por el Santo Padre, expresa la convicción de que el respeto a la dignidad de la persona humana constituye una condición esencial para la paz de la familia humana. En efecto, la dignidad humana es el sello impreso por Dios sobre el hombre, creado a su imagen y semejanza (cf. *Gn* 1, 26-27), es el signo del *destino común* de la humanidad, es el fundamento del *amor* a Dios y al prójimo. Sólo tomando conciencia de la *dignidad trascendente* de cada hombre y de cada mujer, la familia humana puede avanzar por el camino que lleva a la *paz* y a la *comunión* con Dios. En efecto, Benedicto XVI afirma en la carta encíclica *Deus caritas est* «El amor al prójimo es un camino para encontrar a Dios» (n. 16).

Hoy, quizá con fuerza persuasiva y medios más eficaces que en el pasado, la dignidad humana está amenazada por ideologías aberrantes, agredida por un uso desviado de la ciencia y de la técnica, atacada por estilos de vida incongruentes muy generalizados. En efecto, ideologías inspiradas en el nihilismo o en el fanatismo (materialista o religioso) pretenden negar o imponer presuntas verdades sobre la realidad, sobre el hombre y sobre Dios. La ciencia y la técnica (la biomedicina, en particular), en vez de servir al bien común de la humanidad, a menudo son instrumentos de una visión egoísta del progreso y del bienestar. Por último, la propaganda y la creciente, aceptación de estilos de vida desordenados y contrarios a la dignidad humana están debi-

litando el corazón y la mente de las personas, hasta extinguir el deseo de una convivencia ordenada y pacífica. Todo esto representa una amenaza para la humanidad, puesto que la paz está en peligro cuando no se respeta la dignidad humana y cuando la convivencia social no busca el bien común.

La ciencia y la técnica (la biomedicina, en particular), en vez de servir al bien común de la humanidad, a menudo son instrumentos de una visión egoísta del progreso y del bienestar.

La Iglesia tiene la misión de anunciar el *evangelio de la vida*, el carácter central del hombre en el universo y el amor de Dios a la humanidad. Por tanto, a los desafíos del tiempo actual la Iglesia responde con una *antropología cristiana* fundada en los tres pilares de la *dignidad*, la *sociabilidad* y el *comportamiento* humano en el mundo que debe orientarse según el orden impreso por Dios en el universo (cf. *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, 37), y desde la perspectiva de un *humanismo integral* y *solidario* encaminado al desarrollo de *todo* el hombre y de *todos* los hombres (cf. Pablo VI, *Populorum progressio)*.

Ya el concilio Vaticano II subrayaba que «la Iglesia sabe muy bien que su mensaje conecta con los *deseos más profundos del corazón humano* cuando *reivindica la dignidad de la vocación humana*, devolviendo *la esperanza* a *quienes desesperan* ya *de su destino más alto*» *(Gaudium et spes*, 21). Toda ofensa a la persona es una amenaza a la paz; toda amenaza a la paz es una ofensa a la *verdad de la persona* y de Dios: «La persona humana es el corazón de la paz».

VIAJE APOSTÓLICO DEL PAPA A ALEMANIA

Discurso del Papa durante la ceremonia de bienvenida en el aeropuerto de Munich, 9 de septiembre

TRANSMITIR A LOS JÓVENES LOS VALORES FUNDAMENTALES DE LA FE CRISTIANA

Señor presidente de la República; señora cancillera y señor ministro presidente; señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado; ilustres señores; amables señoras; queridos compatriotas:

Con profunda emoción piso, por primera vez después de mi elevación a la cátedra de Pedro, tierra alemana bávara. Vuelvo a mi patria, a mi gente, con el programa de visitar algunos lugares que han tenido una importancia fundamental en mi vida. Le doy las gracias, señor presidente de la República, por la cordial bienvenida que me ha brindado. En sus palabras he percibido el eco fiel de los sentimientos de todo nuestro pueblo. Agradezco a la señora cancillera, doctora Angela Merkel, y al señor ministro presidente, doctor Edmund Stoiber, la amabilidad con que han querido honrar mi llegada a la tierra alemana y bávara. Mi agradecimiento se extiende, además, a los miembros del Gobierno, a las personalidades eclesiásticas, civiles y militares aquí reunidas, así como a todos los que han querido estar presentes para acogerme en esta visita, tan importante para mí.

En mi espíritu se agolpan en este momento muchos recuerdos de los años pasados en Munich y en Ratisbona: son recuerdos de personas y vicisitudes que han dejado en mí una huella profunda. Consciente de lo que he recibido, he venido aquí ante todo para expresar la profunda gratitud que siento hacia todos los

que han contribuido, a formar mi personalidad en las décadas de mi vida. Pero estoy aquí también como sucesor del apóstol san Pedro para reafirmar y confirmar los profundos vínculos que existen entre la Sede de Roma y la Iglesia en nuestra patria.

Son vínculos que tienen una historia de siglos, alimentada por la firme adhesión a los valores de la fe cristiana, una adhesión de la que pueden enorgullecerse en especial las regiones bávaras. Lo testimonian monumentos famosos, majestuosas catedrales, estatuas y cuadros de gran valor artístico, obras literarias, iniciativas culturales y sobre todo muchas vicisitudes de personas y comunidades en las que se reflejan las convicciones cristianas de las generaciones que se han sucedido en esta tierra, que yo tanto quiero.

Las relaciones de Baviera con la Santa Sede, aunque ha habido momentos de tensión, siempre se han caracterizado por una respetuosa cordialidad. Además, en las horas decisivas de su historia, el pueblo bávaro siempre ha confirmado su profunda devoción a la Cátedra de Pedro y la firme adhesión a la fe católica. La Columna de María *-Mariesäule-*, que se eleva en la plaza central de nuestra capital, Munich, es un testimonio elocuente de esa devoción.

El contexto social actual, en muchos aspectos, es diferente del pasado. Sin embargo, creo que todos estamos unidos por la esperanza de que las nuevas generaciones permanezcan fieles al patrimonio espiritual que ha resistido a través de todas las crisis de la historia. Mi visita a la tierra que me vio nacer quiere ser también un aliento en este sentido: Baviera es una parte de Alemania, ha pertenecido a la historia de Alemania con sus altibajos, y tiene razones para estar orgullosa de las tradiciones que ha heredado del pasado.

Deseo que todos mis compatriotas de Baviera y de toda Alema-

nia participen activamente en la transmisión a los ciudadanos del mañana de los valores fundamentales de la fe cristiana, que nos sostiene a todos y que no divide, sino que abre y acerca a las personas pertenecientes a pueblos, culturas y religiones diferentes.

De buen grado habría ampliado mi visita también a otras partes de Alemania para llegar a todas las Iglesias locales, en particular a aquellas a las que me unen recuerdos personales. En este inicio de pontificado y en el transcurso de todos estos años son muchos los signos de afecto que he recibido de todas partes y especialmente de las diócesis bávaras. Esto me da fuerza día tras día.

Por eso, deseo aprovechar esta ocasión para expresaros a todos mi profunda gratitud. También he podido leer y seguir lo que se ha hecho en estas semanas y en estos meses: numerosas personas han contribuido con todas sus fuerzas para que esta visita sea hermosa y ahora agradecemos al Señor que nos da también un hermoso cielo bávaro, pues esto nosotros no lo podíamos ordenar. ¡Gracias! Que Dios os recompense por todo lo que se ha hecho en las diversas partes -tendré oportunidad de repetirlo en otras ocasiones- para garantizar un desarrollo, sereno de esta visita y de estos días.

Además de saludaros a vosotros, queridos compatriotas -veo aquí ante mi las etapas de mi camino, desde Marktl y Tittmoning hasta Aschau, Traunstein, Ratisbona y Munich-, quiero saludar con gran afecto a los habitantes de Baviera y de toda Alemania: no sólo pienso en los fieles católicos, a quienes se dirige en primer lugar mi visita, sino también a los miembros de otras Iglesias y comunidades eclesiales, en particular a los cristianos evangélicos y ortodoxos. Usted, querido señor presidente de la República, con sus palabras, ha interpretado los pensamientos de mi corazón: aunque quinientos años no se pueden eliminar simplemente con intervenciones burocráticas o con discursos inteligen-

tes, nos comprometeremos con el corazón y con la razón a converger los unos hacia los otros.

Saludo, por último, a los seguidores de otras religiones y a todas las personas de buena voluntad que se interesan por la paz y la tranquilidad del país y del mundo. Que el Señor bendiga los esfuerzos de todos por la edificación de un futuro de auténtico bienestar y basado en la justicia que crea la paz. Encomiendo estos deseos a la Virgen María, venerada en nuestra tierra con el título de *Patrona Bavariae*. Lo hago con las palabras clásicas de Jakob Balde, escritas a los pies de la *Mariensäule: «Rem regem regimen regionem religionem conserva Bavaris, Virgo Patrona, tuis!»* , «Conserva a tus bávaros, Virgen patrona, los bienes, la autoridad política, la tierra y la religión».

A todos los presentes un cordial «¡Que Dios os bendiga!».

Renuevo mi «sí» a Dios para realizar mi servicio con alegría confianza

Discurso del Santo Padre en la plaza de María, sábado 9 de septiembre

Señora cancillera y señor ministro presidente; queridos señores cardenales; queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; ilustres señores; amables señoras; queridos hermanos y hermanas:

Para mí es motivo de particular emoción encontrarme de nuevo en esta bellísima plaza a los pies de la *Mariensäule*, lugar que, como se ha dicho, en otras dos ocasiones ya ha sido testigo de cambios decisivos en mi vida. Aquí, como se ha mencionado, hace

treinta años los fieles me acogieron con gran cordialidad y yo puse en manos de la Virgen el camino que debía recorrer, pues el paso de la cátedra universitaria al servicio de arzobispo de Munich y Freising era un salto enorme, y sólo, con esa protección y con el amor perceptible de los habitantes de Munich y de Baviera podía atreverme a asumir ese ministerio sucediendo al cardenal Döpfner.

Después, en 1982, de nuevo me despedí aquí; estuvo presente en esa ocasión el arzobispo de la Congregación para la doctrina de la fe, Hamer, que después seria cardenal, y dijo: «Los habitantes de Munich son como los napolitanos, quieren tocar al arzobispo y lo aman». Le sorprendió ver aquí, en Munich, tanta cordialidad; pudo conocer el corazón bávaro en este lugar, en el que yo, una vez más, me encomendé a la Virgen.

Le agradezco, ilustre y querido señor ministro presidente, las cordiales palabras de bienvenida que me ha dirigido en nombre del Gobierno y del pueblo bávaro. También doy gracias de todo corazón al señor cardenal Friedrich Wetter, mi querido sucesor como pastor de la archidiócesis de Munich y Freising, por las afectuosas palabras con las que me ha saludado. Saludo a la señora cancillera, doctora Angela Merkel, y a todas las personalidades políticas, civiles y militares que han querido participar en este encuentro de bienvenida y oración.

Deseo dirigir un saludo particular a los sacerdotes, en especial a aquellos con los que, como sacerdote y como obispo, pude colaborar en mi diócesis de origen, Munich y Freising. Y quiero saludaros con gran cordialidad y gratitud a todos vosotros, queridos compatriotas reunidos en esta plaza. Os agradezco vuestra cordial acogida bávara y, como ya hice en el aeropuerto, doy las gracias a todos los que han colaborado en la preparación de la visita y que ahora se esmeran para que todo se desarrolle tan bien.

Permitidme evocar en esta ocasión un pensamiento que, en mis breves memorias, desarrollé en el contexto de mi nombramiento como arzobispo de Munich y Freising. Tenía que llegar a ser sucesor de san Corbiniano y así fue. Desde mi infancia me ha fascinado su leyenda, según la cual un oso habría despedazado al caballo del santo durante su viaje por los Alpes. Corbiniano lo reprendió duramente y, como castigo, lo cargó con todo su equipaje para que lo llevase hasta Roma. Así, el oso, cargado con el fardo del santo, tuvo que caminar hasta Roma y sólo allí Corbiniano lo dejó en libertad.

Cuando, en 1977, me encontré ante la difícil opción de aceptar o rechazar el nombramiento de arzobispo de Munich y Freising, que me sacaría de mi acostumbrada actividad universitaria llevándome hacia nuevas tareas y nuevas responsabilidades, reflexioné mucho. Entonces me acordé de este oso y de la interpretación de los versículos 22 y 23 del salmo 73 que desarrolló san Agustín, en una situación muy parecida a la mía, en el contexto de su ordenación sacerdotal y episcopal, y que después expresaría en sus sermones sobre los Salmos.

En este salmo, el salmista se pregunta porqué con frecuencia les va bien a los impíos de este mundo y por qué, en cambio, les va tan mal a muchas personas buenas. Entonces, el salmista dice: era un tonto cuando pensaba así; estaba ante ti como un asno, pero después entré en el santuario y comprendí que precisamente en mis dificultades estaba muy cerca de ti y que tú estabas siempre conmigo.

San Agustín, con amor, retomó con frecuencia este Salmo y, viendo en la expresión «estaba ante ti como un asno» (*iumentum* en latín) una referencia al animal de tiro que entonces se utilizaba en el norte de África para arar la tierra, se reconoció a sí mismo en este «*iumentum*» como animal de tiro de Dios, se vio como alguien que está bajo el peso de su cargo, la «*sarcina episcopalis*».

Había escogido la vida del hombre dedicado al estudio y, como dice después, Dios lo había llamado a ser un «animal de tiro», un buen buey que tira del arado en el campo de Dios, que realiza el trabajo duro que se le encomienda. Pero luego reconoce: del mismo modo que el animal de tiro está muy cerca del campesino, al trabajar bajo su guía, así también yo estoy muy cerca de Dios, pues de este modo le sirvo directamente para la edificación de su reino, para la construcción de la Iglesia.

Con el telón de fondo de este pensamiento del obispo de Hipona, el oso de san Corbiniano me sigue estimulando siempre a realizar mi servicio con alegría y confianza -hace treinta años y también ahora en mi nuevo encargo-, pronunciando día tras día mi «sí» a Dios: Me he convertido para ti como en un animal de tiro, pero así «yo estoy siempre contigo». (*Sal* 73, 23). El oso de san Corbiniario, en Roma, quedó en libertad. En mi caso, el «Amo» ha dispuesto de otro modo. Por tanto, me encuentro de nuevo al pie de la *Mariensäule* para implorar la intercesión y la bendición de la Madre de Dios, no sólo para la ciudad de Munich y para la amada Baviera, sino para la Iglesia universal y para todos los hombres de buena voluntad.

Homilía del Papa durante la misa en la explanada de la Nueva Feria de Munich, 10 de septiembre

LA «VENGANZA» DE DIOS ES LA CRUZ
EL «NO» A LA VIOLENCIA

Queridos hermanos y hermanas:

Ante todo quisiera saludaros una vez más a todos con afecto: como ya he dicho, me alegra poder encontrarme de nuevo entre vosotros y celebrar juntamente con vosotros la santa misa. Me alegra poder visitar una vez más los lugares que me son familiares y que han ejercido un influjo decisivo en mi vida, formando mi pensamiento y mis sentimientos, los lugares en los que aprendí a creer y a vivir. Es una ocasión para expresar mi gratitud a todas las personas -vivas y muertas- que me han guiado y acompañado. Doy gracias a Dios por esta hermosa patria y por las personas que me la han hecho patria.

Acabamos de escuchar las tres lecturas bíblicas que la liturgia de la Iglesia ha elegido para este domingo. Todas ellas desarrollan un tema doble, que en el fondo es un único tema, acentuando un aspecto u otro según las circunstancias. Las tres lecturas hablan de Dios como centro de la realidad y centro de nuestra vida personal. «Mirad a vuestro Dios», dice el profeta Isaías en la primera lectura (*Is* 35, 4). La *carta de Santiago* y el pasaje del Evangelio dicen a su modo lo mismo. Quieren guiarnos hacia Dios, llevándonos por el camino recto de la vida.

Sin embargo, al tema de Dios va unido el tema social: nuestra responsabilidad recíproca, nuestra responsabilidad para que reine la justicia y el amor en el mundo. Esto se expresa de modo dramático en la segunda lectura, en la que nos habla Santiago, un pariente cercano de Jesús. Se dirige a una comunidad en la

que algunos comienzan a ser soberbios, porque en ella se encuentran también personas acomodadas y distinguidas, mientras existe el peligro de que disminuya la preocupación por el derecho de los pobres.

Santiago, en sus palabras, deja intuir la imagen de Jesús, del Dios que se hizo hombre y, a pesar de ser descendiente de David, es decir, de linaje real, se hizo un hombre como los demás; no se sentó en un trono, sino que al final murió en la pobreza extrema de la cruz. El amor al prójimo, que es en primer lugar preocupación por la justicia, es el metro para medir la fe y el amor a Dios. Santiago lo llama «ley regia» (*St* 2, 8), dejando vislumbrar la palabra preferida de Jesús: la realeza de Dios, la soberanía de Dios.

Esto no indica un reino cualquiera, que llegará más tarde o más temprano; significa que Dios debe llegar a ser ahora la fuerza decisiva para nuestra vida y nuestro obrar. Esto es lo que pedimos cuando oramos: «Venga a nosotros tu reino». No pedimos algo lejano, que en el fondo nosotros mismos ni siquiera deseamos experimentar. Por el contrario, pedimos que la voluntad de Dios determine ahora nuestra voluntad y así Dios reine en el mundo; pedimos, por consiguiente, que la justicia y el amor se transformen en las fuerzas decisivas en el orden del mundo.

Esa oración, como es natural, se dirige en primer lugar a Dios, pero también toca nuestro corazón. En el fondo, ¿lo deseamos de verdad? ¿Estamos orientando nuestra vida en esa dirección? A la «ley regia», la ley de la realeza de Dios, Santiago la llama también «ley de la libertad»: si todos pensamos y vivimos según Dios, entonces somos todos iguales; somos libres, y así nace la verdadera fraternidad. Isaías, en la primera lectura, al hablar de Dios -«Mirad a vuestro Dios»- habla al mismo tiempo de la salvación para los que sufren, y Santiago, hablando del orden social como expresión irrenunciable de nuestra fe, lógicamente también habla de Dios, del que somos hijos.

Pero ahora vamos a centrar nuestra atención en el evangelio, que narra la curación de un sordomudo por obra de Jesús. También aquí encontramos de nuevo dos aspectos del único tema. Jesús se dedica a los que sufren, a los marginados de la sociedad. Los cura y, abriéndoles así la posibilidad de vivir y decidir juntamente con los demás, los introduce en la igualdad y en la fraternidad.

Esto, como es obvio, nos atañe también a todos nosotros: Jesús nos señala a todos la dirección de nuestro obrar, nos dice cómo debemos actuar. Sin embargo, todo el episodio presenta también otra dimensión, que los Padres de la Iglesia pusieron de relieve con insistencia y que también nos concierne de modo especial a nosotros hoy. Los Padres hablan de los hombres y para los hombres de su tiempo. Pero lo que dicen nos atañe de modo nuevo también a los hombres modernos.

No sólo existe la sordera física, que en gran medida aparta al hombre de la vida social. Existe un defecto de oído con respecto a Dios, y lo sufrimos especialmente en nuestro tiempo. Nosotros, simplemente, ya no logramos escucharlo; son demasiadas las frecuencias diversas que ocupan nuestros oídos. Lo que se dice de él nos parece pre-científico, ya no parece adecuado a nuestro tiempo. Con el defecto de oído, o incluso la sordera, con respecto a Dios, naturalmente perdemos también nuestra capacidad de hablar con él o a él. Sin embargo, de este modo nos falta una percepción decisiva. Nuestros sentidos interiores corren el peligro de atrofiarse. Al faltar esa percepción, queda limitado, de un modo drástico y peligroso, el radio de nuestra relación con la realidad en general. El horizonte de nuestra vida se reduce de modo preocupante.

El evangelio nos narra que Jesús metió sus dedos en los oídos del sordomudo, puso un poco de su saliva en la lengua del enfermo y dijo: «*Effetá*», «Ábrete». El evangelista nos conservó la palabra aramea original que pronunció Jesús en esa ocasión, remontán-

donos así directamente a ese momento. Lo que allí se nos relata es algo excepcional y, sin embargo, no pertenece a un pasado lejano: eso mismo lo realiza Jesús a menudo, de modo nuevo, también hoy.

En nuestro bautismo él realizó sobre nosotros ese gesto de tocar y dijo: «*Effetá*», «Ábrete», para hacernos capaces de escuchar a Dios y para devolvernos la posibilidad de hablarle a él. Pero este acontecimiento, el sacramento del bautismo, no tiene nada de mágico. El bautismo abre un camino. Nos introduce en la comunidad de los que son capaces de escuchar y de hablar; nos introduce en la comunión con Jesús mismo, el único que ha visto a Dios y que, por consiguiente, ha podido hablar de él (cf. *Jn* 1, 18): mediante la fe, Jesús quiere compartir con nosotros su ver a Dios, su escuchar al Padre y hablar con él. El camino de los bautizados debe ser un proceso de desarrollo progresivo, en el que crecemos en la vida de comunión con Dios, adquiriendo así también una mirada diversa sobre el hombre y sobre la creación.

El evangelio nos invita a caer en la cuenta de que tenemos un defecto en nuestra capacidad de percepción, una carencia que al principio no reconocemos como tal, porque precisamente todo lo demás se nos impone con su urgencia y racionalidad; porque, aunque ya no tengamos oídos para escuchar a Dios ni ojos para verlo, aunque vivamos sin él, aparentemente todo se desarrolla de un modo normal. Pero, ¿es verdad que todo se desarrolla de un modo normal cuando Dios falta en nuestra vida y en nuestro mundo?

Antes de plantear más preguntas, quisiera referir algunas de mis experiencias en los encuentros con los obispos de todo el mundo. La Iglesia católica en Alemania es excelente en sus actividades sociales, en su disponibilidad a ayudar en todos los lugares donde existan necesidades. Durante sus visitas *ad limina*, los obispos, recientemente los de África, me hablan siempre con

gratitud de la generosidad de los católicos alemanes y me piden que me haga intérprete de esta gratitud; y es lo que quisiera hacer ahora públicamente.

También los obispos de los países bálticos, que vinieron antes de las vacaciones, me explicaron que los católicos alemanes les han ayudado con gran generosidad para la reconstrucción de sus iglesias, muy deterioradas a causa de las décadas de dominio comunista. De vez en cuando, sin embargo, algún obispo africano me decía: «Si presento a Alemania proyectos sociales, encuentro inmediatamente las puertas abiertas. Pero si voy con un proyecto de evangelización, más bien encuentro reservas».

Como es obvio, algunos piensan que los proyectos sociales se han de promover con la máxima urgencia, mientras que las cosas que conciernen a Dios, o incluso la fe católica, son más bien particulares y menos prioritarias. Sin embargo, la experiencia de esos obispos es precisamente que la evangelización debe tener la precedencia; que es necesario hacer que se conozca, se ame y se crea en el Dios de Jesucristo; que hay que convertir los corazones, para que exista también progreso en el campo social, para que se inicie la reconciliación, para que se pueda combatir por ejemplo el sida, afrontando de verdad sus causas profundas y curando a los enfermos con la debida atención y con amor.

La cuestión social y el Evangelio son realmente inseparables. Si damos a los hombres sólo conocimientos, habilidades, capacidades técnicas e instrumentos, les damos demasiado poco. En ese caso, sobrevienen pronto los mecanismos de la violencia, y prevalece la capacidad de destruir y matar, el afán de conseguir el poder, un poder que debería llevar más tarde o más temprano al establecimiento del derecho, pero que en realidad nunca será capaz de lograrlo.

De este modo se aleja cada vez más la posibilidad de la reconci-

liación, del compromiso común en favor de la justicia y del amor. Entonces se pierden los criterios según los cuales la técnica se pone al servicio del derecho y del amor. Pero precisamente todo depende de estos criterios, que no son sólo teorías, sino que iluminan el corazón, haciendo así que la razón y la acción avancen por el camino recto.

Las poblaciones de África y de Asia ciertamente admiran las realizaciones técnicas de Occidente y nuestra ciencia, pero se asustan ante un tipo de razón que excluye totalmente a Dios de la visión del hombre, considerando que esta es la forma más sublime de la razón, la que conviene enseñar también a sus culturas. La verdadera amenaza para su identidad no la ven en la fe cristiana, sino en el desprecio de Dios y en el cinismo que considera la mofa de lo sagrado un derecho de la libertad y eleva la utilidad a criterio supremo para los futuros éxitos de la investigación.

Queridos amigos, este cinismo no es el tipo de tolerancia y apertura cultural que los pueblos esperan y que todos deseamos. La tolerancia que necesitamos con urgencia incluye el temor de Dios, el respeto de lo que es sagrado para el otro. Pero este respeto de lo que los demás consideran sagrado exige que nosotros mismos aprendamos de nuevo el temor de Dios. Este sentido de respeto sólo puede renovarse en el mundo occidental si crece de nuevo la fe en Dios, si Dios está de nuevo presente para nosotros y en nosotros.

Nuestra fe no la imponemos a nadie. Este tipo de proselitismo es contrario al cristianismo. La fe sólo puede desarrollarse en la libertad. Pero a la libertad de los hombres pedimos que se abra a Dios, que lo busque, que lo escuche. Nosotros, aquí reunidos, pedimos al Señor con todo nuestro corazón que pronuncie de nuevo su «*Effetá*», que cure nuestro defecto de oído con respecto a Dios, a su acción y a su palabra, y que nos haga capaces de ver y de escuchar. Le pedimos que nos ayude a volver a encontrar la

palabra de la oración, a la que nos invita en la liturgia y cuya fórmula esencial nos enseñó en el padrenuestro.

El mundo necesita a Dios. Nosotros necesitamos a Dios. ¿Qué Dios necesitamos? En la primera lectura, el profeta se dirige a un pueblo oprimido, diciendo: «Llegará la venganza de Dios» (*Is* 35, 4). Nosotros podemos fácilmente intuir cómo se imaginaba la gente esa venganza. Pero el profeta mismo revela luego en qué consiste: en la bondad de Dios, que vendrá a sanarlos. Y la explicación definitiva de las palabras del profeta la encontramos en Aquel que murió por nosotros en la cruz: en Jesús, el Hijo de Dios encarnado, que aquí nos contempla con tanta insistencia. Su «venganza» es la cruz: el «no» a la violencia, el «amor hasta el extremo».

Este es el Dios que necesitamos. No faltamos al respeto a las demás religiones y culturas, no faltamos al respeto a su fe, si confesamos en voz alta y sin medios términos a aquel Dios que opuso su sufrimiento a la violencia, que ante el mal y su poder eleva su misericordia como límite y superación. A él dirigimos nuestra súplica, para que esté en medio de nosotros y nos ayude a ser sus testigos creíbles. Amén.

Discurso de Benedicto XVI durante el encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona

FE, RAZÓN Y UNIVERSIDAD
RECUERDOS Y REFLEXIONES

El martes 12 de septiembre, en la universidad de Ratisbona, el Santo Padre Benedicto XVI pronunció su lección magistral titulada: «Fe, razón y universidad. Recuerdos y reflexiones». Ofrecemos seguidamente una traducción de este importante texto. Sin embargo, el Santo Padre desea publicar más adelante una redacción del mismo enriquecida con notas. Por tanto, la actual debe considerarse provisional.

Eminencias; rectores magníficos; excelencias; ilustres señores; amables señoras:

Para mí es un momento emocionante encontrarme de nuevo en esta universidad y poder impartir una vez más una lección magistral. A la vez, mí pensamiento vuelve a aquellos años en los que, tras un hermoso período en el Instituto superior de Freising, inicié mí actividad de profesor académico en la universidad de Bonn. Era el año 1959, cuando la antigua universidad todavía tenía profesores ordinarios. Para las cátedras no existían ni asistentes ni dactilógrafos, pero en compensación había un contacto muy directo con los alumnos y sobre todo entre los profesores. Nos reuníamos antes y después de las clases en las salas de los profesores. Los contactos con los historiadores, los filósofos, los filólogos y naturalmente también entre las dos facultades teológicas eran muy estrechos. Una vez cada semestre había un *dies academicus*, en el que los profesores de todas las facultades se presentaban ante los estudiantes de toda la universidad, haciendo así posible una experiencia de *universitas* -algo a lo que hace poco también ha aludido usted, señor rector-; es decir, la ex-

periencia de que nosotros, a pesar de todas las especializaciones, que a veces nos impiden comunicarnos entre nosotros, formamos un todo y trabajamos en el todo de la única razón con sus diferentes dimensiones, colaborando así también en la responsabilidad común por el recto uso de la razón. Se trataba de una experiencia viva.

Sin duda, la universidad también se sentía orgullosa de sus dos facultades teológicas. Estaba claro que también ellas, interrogándose sobre la racionalidad de la fe, realizan un trabajo que necesariamente forma parte del «todo» de la *universitas scientiarum*, aunque no todos podían compartir la fe, por cuya correlación con la razón común se esfuerzan los teólogos. Esta cohesión interior en el cosmos de la razón no se alteró ni siquiera cuando, en cierta ocasión, se supo que uno de los profesores había dicho que en nuestra universidad había algo extraño: dos facultades que se ocupaban de algo que no existía, de Dios. En el conjunto de la universidad existía la convicción, que nadie ponía en discusión, de que incluso frente a un escepticismo tan radical seguía siendo necesario y razonable interrogarse sobre Dios por medio de la razón y que se debía hacer en el contexto de la tradición de la fe cristiana.

Recordé todo esto recientemente cuando leí la parte editada por el profesor Theodore Khoury (Münster) del diálogo que el docto emperador bizantino Manuel II Paleólogo, tal vez en los cuarteles de invierno del año 1391 en Ankara, mantuvo con un persa culto sobre el cristianismo y el islam, y sobre la verdad de ambos. Probablemente fue el mismo emperador quien anotó, durante el asedio de Constantinopla entre 1394 y 1402, ese diálogo. Así se explica que sus razonamientos se recojan mucho más detalladamente que las respuestas de su interlocutor persa. El diálogo se extiende a todo el ámbito de las estructuras de la fe contenidas en la Biblia y en el Corán, y se detiene sobre todo en la imagen de Dios y del hombre, pero necesariamente también en

la relación entre las «tres Leyes», como se decía, o tres «órdenes de vida»: Antiguo Testamento, Nuevo Testamento y Corán. No quiero hablar ahora de eso en este discurso; sólo quisiera aludir a un aspecto -más bien marginal en la estructura de todo el diálogo- que, en el contexto del tema «fe y razón» me ha fascinado y que servirá como punto de partida para mis reflexiones sobre este tema.

En el séptimo coloquio (latín, controversia) editado por el profesor Khoury, el emperador toca el tema de la «yihad», la guerra santa. Seguramente el emperador sabía que en la *sura* 2, 256 está escrito: «Ninguna constricción en las cosas de fe». Según dicen los expertos, es una de las *suras* del período inicial, en el que Mahoma mismo aún no tenía poder y estaba amenazado. Pero, naturalmente, el emperador conocía también las disposiciones, desarrolladas sucesivamente y fijadas en el Corán, acerca de la guerra santa.

Sin detenerse en detalles, como la diferencia de trato entre los que poseen el «Libro» y los «incrédulos», con una brusquedad que nos sorprende, se dirige a su interlocutor simplemente con la pregunta central sobre la relación entre religión y violencia en general, diciendo: «Muéstrame también lo que Mahoma ha traído de nuevo, y encontrarás solamente cosas malas e inhumanas, como su directriz de difundir por medio de la espada la fe que predicaba».

El emperador, después de pronunciarse de un modo tan duro, explica luego minuciosamente las razones por las cuales la difusión de la fe mediante la violencia es algo irracional. La violencia está en contraste con la naturaleza de Dios y la naturaleza del alma. «Dios no se

La violencia está en contraste con la naturaleza de Dios y la naturaleza del alma.

complace con la sangre -dice-; no actuar según la razón (latín) es contrario a la naturaleza de Dios. La fe es fruto del alma, no del cuerpo. Por tanto, quien quiere llevar a otra persona a la fe necesita la capacidad de hablar bien y de razonar correctamente, y no recurrir a la violencia ni a las amenazas. (...) Para convencer a un alma razonable no hay que recurrir al propio brazo ni a instrumentos contundentes ni a ningún otro medio con el que se pueda amenazar de muerte a una persona».

En esta argumentación contra la conversión mediante la violencia, la afirmación decisiva es: no actuar según la razón es contrario a la naturaleza de Dios. El editor, Theodore Khoury, comenta: para el emperador, como bizantino educado en la filosofía griega, esta afirmación es evidente. En cambio, para la doctrina musulmana, Dios es absolutamente trascendente. Su voluntad no está vinculada a ninguna de nuestras categorías, ni siquiera a la de la racionalidad. En este contexto Khoury cita una obra del conocido islamista francés R. Arnaldez, quien observa que Ibn Hazm llega a decir que Dios no estaría vinculado ni siquiera por su misma palabra y que nada le obligaría a revelarnos la verdad. Si fuese su voluntad, el hombre debería practicar incluso la idolatría.

Aquí se abre, en la comprensión de Dios y por tanto en la realización concreta de la religión, un dilema que hoy nos plantea un desafío muy directo. La convicción de que actuar contra la razón está en contradicción con la naturaleza de Dios, ¿es solamente un pensamiento griego o vale siempre y por sí mismo? Pienso que en este punto se manifiesta la profunda concordancia entre lo que es griego en el mejor sentido y lo que es fe en Dios según la Biblia.

Modificando el primer versículo del libro del Génesis, el primer versículo de toda la sagrada Escritura, san Juan comenzó el prólogo de su Evangelio con las palabras: «En el principio existía el

logos». Esta es exactamente la palabra que usa el emperador: Dios actúa *sun logos*, con *logos*. *Logos* significa tanto razón como palabra, una razón que es creadora y capaz de comunicarse, pero precisamente como razón. Así san Juan nos dio la palabra conclusiva sobre el concepto bíblico de Dios, la palabra en la que todos los caminos a menudo arduos y tortuosos de la fe bíblica alcanzan su meta, encuentran su síntesis.

En el principio existía el *logos* y el *logos* es Dios, nos dice el evangelista. El encuentro entre el mensaje bíblico y el pensamiento griego no era una simple casualidad. La visión de san Pablo, ante quien se habían cerrado los caminos de Asia y que en sueños vio un macedonio que le suplicaba: «Pasa a Macedonia y ayúdanos» (cf. *Hch* 16, 6-10), puede interpretarse como una «condensación» de la necesidad intrínseca de un acercamiento entre la fe bíblica y la filosofía griega.

En realidad, este acercamiento ya había comenzado desde hacía mucho tiempo. Ya el nombre misterioso de Dios, pronunciado desde la zarza ardiente, que distingue a este Dios del conjunto de las divinidades con múltiples nombres afirmando sólo su «Yo soy», su ser, en comparación con el mito es una respuesta con la que está en íntima analogía el intento de Sócrates de vencer y superar al mito mismo. El proceso iniciado junto a la zarza alcanza, dentro del Antiguo Testamento, una nueva madurez durante el destierro, donde el Dios de Israel, entonces privado de la tierra y del culto, se anuncia como el Dios del cielo y de la tierra, presentándose con una simple fórmula que prolonga las palabras de la zarza: «Yo soy».

Juntamente con este nuevo conocimiento de Dios se da una especie de ilustración, que se expresa drásticamente con la burla de las divinidades que no son sino obra de las manos del hombre (cf. *Sal* 115). De este modo, a pesar de toda la dureza del desacuerdo con los soberanos helenísticos, que querían obtener con

la fuerza la adecuación al estilo de vida griego y a su culto idolátrico, la fe bíblica, durante la época helenística, salía interiormente al encuentro de lo mejor del pensamiento griego, hasta llegar a un contacto recíproco que después se dio especialmente en la literatura sapiencial tardía.

Hoy sabemos que la traducción griega del Antiguo Testamento, realizada en Alejandría -la Biblia de los «Setenta»-, es algo más que una simple traducción del texto hebreo (sobre la cual habría que dar quizá un juicio poco positivo): en efecto, es un testimonio textual en sí mismo y un importante paso específico de la historia de la Revelación, en el cual se realizó este encuentro de un modo que tuvo un significado decisivo para el nacimiento del cristianismo y su divulgación. En el fondo, se trata del encuentro entre fe y razón, entre auténtica ilustración y religión. Partiendo verdaderamente de la íntima naturaleza de la fe cristiana y, al mismo tiempo, de la naturaleza del pensamiento griego ya fundido con la fe, Manuel II podía decir: No actuar «con el *logos*» es contrario a la naturaleza de Dios.

Por honradez, en este punto es preciso anotar que, en la tardía Edad Media, en la teología se desarrollaron tendencias que rompen esta síntesis entre espíritu griego y espíritu cristiano. En contraposición al así llamado intelectualismo agustiniano y tomista, con Juan Duns Escoto comenzó un planteamiento voluntarista que, tras sucesivos desarrollos, llevó al final a la afirmación de que sólo conoceríamos de Dios la *voluntas ordinata*. Más allá de esta existiría la libertad de Dios, en virtud de la cual él habría podido crear y hacer también lo contrario de todo lo que efectivamente ha hecho.

Aquí se perfilan posiciones que, sin lugar a dudas, pueden acercarse a las de Ibn Hazm y podrían llevar incluso a la imagen de un Dios arbitrario, que no está vinculado ni siquiera a la verdad y al bien. La trascendencia y la diversidad de Dios se acentúan

de una manera tan exagerada, que incluso nuestra razón, nuestro sentido de la verdad y del bien dejan de ser un auténtico espejo de Dios, cuyas posibilidades abismales permanecen para nosotros eternamente inalcanzables y escondidas tras sus decisiones efectivas.

En contraposición a esa visión, la fe de la Iglesia se ha atenido siempre a la convicción de que entre Dios y nosotros, entre su eterno Espíritu creador y nuestra razón creada, existe una verdadera analogía, en la que ciertamente -como dice el IV concilio de Letrán, en el año 1215- las diferencias son infinitamente más grandes que las semejanzas, pero a pesar de ello no llegan a abolir la analogía y su lenguaje. Dios no se hace más divino por el hecho de que lo alejemos de nosotros con un voluntarismo puro e impenetrable; el Dios verdaderamente divino es el Dios que se ha manifestado como *logos* y ha actuado y actúa como *logos* lleno de amor por nosotros. Ciertamente el amor, como dice san Pablo, «rebasa» el conocimiento y por eso es capaz de percibir más que el simple pensamiento (cf. *Ef* 3, 19); sin embargo, sigue siendo el amor del Dios- *logos*, por lo cual el culto cristiano, como dice también san Pablo, *es logike latreía*, un culto que concuerda con el Verbo eterno y con nuestra razón (cf. *Rm* 12, 1).

Este acercamiento interior recíproco, que se ha dado entre la fe bíblica y el planteamiento filosófico del pensamiento griego, es un dato de importancia decisiva no sólo desde el punto de vista de la historia de las religiones, sino también desde el de la historia universal, un dato que se nos impone también hoy. Teniendo en cuenta este encuentro, no es sorprendente que el cristianismo, a pesar de su origen y de cierto importante desarrollo en Oriente, haya encontrado por fin su huella históricamente decisiva en Europa. Podemos expresarlo también al contrario: este encuentro, al que se une sucesivamente el patrimonio de Roma, creó a Europa y permanece como fundamento de lo que, con razón, se puede llamar Europa.

A la tesis según la cual el patrimonio griego, críticamente purificado, forma parte integrante de la fe cristiana se opone la pretensión de la deshelenización del cristianismo, pretensión que desde el inicio de la época moderna domina cada vez más la investigación teológica. Si se analiza con esmero, se pueden observar tres oleadas en el programa de la deshelenización: aunque están vinculadas entre sí, son claramente distintas la una de la otra en sus motivaciones y en sus objetivos.

La deshelenización surge al inicio en conexión con los postulados de la Reforma del siglo XVI. Considerando la tradición de las escuelas teológicas, los reformadores se veían ante una sistematización de la fe condicionada totalmente por la filosofía, es decir, ante una determinación de la fe desde el exterior en virtud de una manera de pensar que no derivaba de ella. Así la fe ya no aparecía como palabra histórica viva, sino como un elemento insertado en la estructura de un sistema filosófico.

La *sola Scriptura*, en cambio, busca la forma pura primordial de la fe, tal como está presente originariamente en la Palabra bíblica. La metafísica se presenta como un presupuesto que deriva de otra fuente, de la que es preciso liberar la fe para que vuelva a ser totalmente lo que era. Con su afirmación de que había tenido que renunciar a pensar para dejar espacio a la fe, Kant actuó según este programa con un radicalismo que los reformadores no pudieron prever. De este modo, ancló la fe exclusivamente en la razón práctica, negándole el acceso a toda la realidad.

La teología liberal de los siglos XIX y XX aportó una segunda oleada en el programa de la deshelenización; su representante más destacado es Adolf von Harnack. En mis años de estudio y en los primeros años de mi actividad académica, este programa ejercía un gran influjo también en la teología católica. Como punto de partida se utilizaba la distinción que Pascal hizo entre el Dios de los filósofos y el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. En

mi discurso inaugural en Bonn, en 1959, traté de afrontar este asunto y no quiero repetir aquí todo lo que dije en aquella ocasión, pero me gustaría tratar de poner de relieve, al menos brevemente, la novedad que caracterizaba esta segunda oleada de deshelenización con respecto a la primera.

La idea central de Harnack era sencillamente volver al hombre Jesús y a su mensaje fundamental, anterior a todas las elucubraciones de la teología y, precisamente, también antes de las helenizaciones: este mensaje fundamental constituiría la verdadera culminación del desarrollo religioso de la humanidad. Jesús habría acabado con el culto sustituyéndolo con la moral. En definitiva, se presentaba a Jesús como padre de un mensaje moral humanitario.

El objetivo de Harnack, en el fondo, era hacer que el cristianismo estuviera en armonía con la razón moderna, precisamente librándolo de elementos aparentemente filosóficos y teológicos, como por ejemplo la fe en la divinidad de Cristo y en la trinidad de Dios. En este sentido, la exégesis histórico-crítica del Nuevo Testamento, en su visión, volvió a situar la teología en el cosmos de la universidad: para Harnack, la teología es algo esencialmente histórico y, por tanto, estrictamente científico. Lo que investiga sobre Jesús mediante la crítica es, por decirlo así, expresión de la razón práctica y en consecuencia también se puede sostener en el conjunto de la universidad.

En el trasfondo subyace la autolimitación moderna de la razón, expresada de un modo clásico en las «críticas» de Kant, pero mientras tanto radicalizada ulteriormente por el pensamiento de las ciencias naturales. Este concepto moderno de la razón se basa, por decirlo brevemente, en una síntesis entre platonismo (cartesianismo) y empirismo, confirmada por el éxito de la técnica.

Por una parte, se presupone la estructura matemática de la materia, por decirlo así, su racionalidad intrínseca, que hace posible comprenderla y utilizarla en su eficacia práctica: este presupuesto de fondo es, por decirlo así, el elemento platónico en el concepto moderno de la naturaleza. Por otra, se trata de la posibilidad de explotar la naturaleza para nuestros propósitos, y en este caso sólo la posibilidad de controlar la verdad o la falsedad a través de la experimentación puede llevar a la certeza decisiva. El peso entre los dos polos, dependiendo de las circunstancias, puede estar más en uno que en otro. Un pensador tan fuertemente positivista como J. Monod se declaró platónico convencido.

Esto implica dos orientaciones fundamentales para nuestra cuestión. Sólo el tipo de certeza que deriva de la sinergia de matemática y método empírico puede considerarse científica. Lo que pretenda ser ciencia tiene que confrontarse con este criterio. De este modo, también las ciencias referidas al hombre, como la historia, la psicología, la sociología y la filosofía, trataban de acercarse a este canon de valor científico. Por lo demás, para nuestras reflexiones es importante constatar que el método como tal excluye el problema de Dios, presentándolo como un problema a-científico o pre-científico. Pero así nos encontramos ante una reducción del ámbito de la ciencia y de la razón que es preciso poner en discusión.

Volveré más tarde sobre este asunto. Por el momento basta tener presente que en un intento, a la luz de esta perspectiva, de conservar a la teología el carácter de disciplina «científica», del cristianismo no quedaría más que un miserable fragmento. Pero debemos decir más: si la ciencia en su conjunto es sólo esto, entonces el hombre mismo sufriría una reducción, pues los interrogantes propiamente humanos, es decir, «de dónde» viene y «a dónde» va, los interrogantes de la religión y de la ética, no pueden encontrar lugar en el espacio de la razón común descrita por la «ciencia» entendida de este modo y tienen que desplazarse al

ámbito de lo subjetivo. El sujeto, basándose en su experiencia, decide lo que considera sostenible en el ámbito religioso, y la «conciencia» subjetiva se convierte, en definitiva, en la única instancia ética.

Sin embargo, de este modo la ética y la religión pierden su poder de crear una comunidad y se convierten en un asunto totalmente personal. La situación que se crea es peligrosa para la humanidad, como se puede constatar en las patologías que amenazan a la religión y la razón, patologías que necesariamente deben explotar cuando la razón se reduce hasta tal punto que las cuestiones de la religión y la ética ya no le interesan. Lo que queda de esos intentos de construir una ética partiendo de las reglas de la evolución, de la psicología o de la sociología, es simplemente insuficiente.

Antes de llegar a las conclusiones a las que lleva todo este razonamiento, quiero referirme brevemente a la tercera oleada de la deshelenización, que se está difundiendo actualmente. Teniendo en cuenta el encuentro entre múltiples culturas, se suele decir hoy que la síntesis con el helenismo, realizada en la Iglesia antigua, fue una primera inculturación, que no debería ser vinculante para las demás culturas. Estas deberían tener derecho a volver atrás hasta el punto anterior a esa inculturación, para descubrir el mensaje fundamental del Nuevo Testamento e inculturarlo de nuevo en sus ambientes particulares.

Esta tesis no está totalmente equivocada, pero es torpe e imprecisa. En efecto, el Nuevo Testamento fue escrito en griego e implica el contacto con el espíritu griego, un contacto que había madurado en el desarrollo precedente del Antiguo Testamento. Ciertamente, en el proceso de formación de la Iglesia antigua hay elementos que no deben integrarse en todas las culturas. Sin embargo, las decisiones fundamentales que atañen precisamente a la relación de la fe con la búsqueda de la razón humana for-

man parte de la fe misma y son sus desarrollos, acordes con su naturaleza.

Así llego a la conclusión. Este intento, realizado sólo a grandes rasgos, de crítica de la razón moderna desde su interior, de ninguna manera incluye la opinión de que hay que regresar al período anterior a la Ilustración, rechazando las convicciones de la época moderna. Se debe reconocer sin reservas lo que tiene de positivo el desarrollo moderno del espíritu: todos nos sentimos agradecidos por las maravillosas posibilidades que ha abierto al hombre y por los progresos que se han logrado en el campo humano.

Por lo demás, la ética de la investigación científica -como ha aludido usted, rector magnífico-, debe implicar una voluntad de obediencia a la verdad y, por tanto, debe ser expresión de una actitud que forma parte de las decisiones esenciales del espíritu cristiano. Por consiguiente, nuestra intención no es retirarnos o hacer una crítica negativa, sino ampliar nuestro concepto de razón y de su uso. Porque, mientras nos alegramos por las nuevas posibilidades abiertas a la humanidad, también vemos los peligros que emergen de estás posibilidades y debemos preguntarnos cómo podemos evitarlos. Sólo lo lograremos si la razón y la *fe* se vuelven a encontrar unidas de un modo nuevo, si superamos la limitación, autodecretada, de la razón a lo que se puede verificar con la experimentación, y le abrimos nuevamente toda su amplitud. En este sentido, la teología, no sólo como disciplina histórica y ciencia humana, sino como teología auténtica, es decir, como ciencia que se interroga sobre la razón de la fe, debe encontrar espacio en la universidad y en el amplio diálogo de las ciencias.

Sólo así se puede entablar un auténtico diálogo entre las culturas y las religiones, un diálogo que necesitamos con urgencia. En el mundo occidental está muy difundida la opinión según la cual

sólo la razón positivista y las formas de la filosofía derivadas de ella son universales. Pero las culturas profundamente religiosas del mundo consideran que precisamente esta exclusión de lo divino de la universalidad de la razón constituye un ataque a sus convicciones más íntimas. Una razón que sea sorda a lo divino y que relegue la religión al ámbito de las subculturas, es incapaz de entrar en el diálogo de las culturas. Con todo, como he tratado de demostrar, la razón moderna propia de las ciencias naturales, con su elemento platónico intrínseco, conlleva un interrogante que la trasciende, como trasciende las posibilidades de su método.

La razón moderna tiene que aceptar sencillamente la estructura racional de la materia y la correspondencia entre nuestro espíritu y las estructuras racionales que actúan en la naturaleza como un dato de hecho, en el que se basa su método. Pero de hecho se plantea la pregunta sobre el porqué de este dato, y las ciencias naturales deben dejar que respondan a ella otros niveles y otros modos de pensar, es decir, la filosofía y la teología.

Para la filosofía y, de modo diferente, para la teología, escuchar las grandes experiencias y convicciones de las tradiciones religiosas de la humanidad, especialmente las de la fe cristiana, constituye una fuente de conocimiento; no aceptar esta fuente de conocimiento sería una grave limitación de nuestra escucha y nuestra respuesta.

Aquí me vienen a la mente unas palabras que Sócrates dijo a Fedón. En los diálogos anteriores se habían referido muchas opiniones filosóficas erróneas; y entonces Sócrates dice: «Sería fácilmente comprensible que alguien, a quien le molestaran todas estas opiniones erróneas, desdeñara durante el resto de su vida y se burlara de toda conversación sobre el ser; pero de esta forma renunciaría a la verdad de la existencia y sufriría una gran pérdida».

Occidente, desde hace mucho, está amenazado por esta aversión contra los interrogantes fundamentales de su razón, y así sólo puede sufrir una gran pérdida. La valentía para abrirse a la amplitud de la razón, y no la negación de su grandeza, es el programa con el que una teología comprometida en la reflexión sobre la fe bíblica entra en el debate de nuestro tiempo. «No actuar según la razón, no actuar con el *logos*, es contrario a la naturaleza de Dios», dijo Manuel II, partiendo de su imagen cristiana de Dios, respondiendo a su interlocutor persa. En el diálogo de las culturas invitamos a nuestros interlocutores a este gran *logos*, a esta amplitud de la razón. Redescubrirla constantemente nosotros mismos es la gran tarea de la universidad.

Mi discurso en la Universidad de Ratisbona era una invitación al diálogo franco y sincero, con gran respeto recíproco

Meditación mariana del Papa Benedicto XVI a la hora del Ángelus, domingo 17 de septiembre

El domingo 17 de septiembre, antes de rezar el Ángelus con los fieles que se habían dado cita en el patio del palacio pontificio de Castelgandolfo, el Santo Padre se refirió a su viaje apostólico a Baviera, y se lamentó de las reacciones que se habían suscitado por un breve pasaje de su discurso en la Universidad de Ratisbona, considerado por algunos ofensivo para la sensibilidad de los creyentes musulmanes. Asimismo, aludió a la declaración del cardenal secretario de Estado (la publicamos en la página 19), en la que explicaba el sentido exacto de sus palabras.

También habló Su Santidad de la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz y de la memoria de la Virgen de los Dolores. He aquí el texto:

Queridos hermanos y hermanas:

El viaje apostólico a Baviera, que realicé en los días pasados, fue una fuerte experiencia espiritual, en la que se entrelazaron recuerdos personales, relacionados con lugares muy familiares para mí, y perspectivas pastorales para un anuncio eficaz del Evangelio en nuestro tiempo. Doy gracias a Dios por las consolaciones interiores que me permitió vivir y, al mismo tiempo, expreso mi agradecimiento a todos los que trabajaron activamente para el éxito de esta visita pastoral. De ella, como ya es costumbre, ha-

blaré más extensamente durante la audiencia general del próximo miércoles.

En este momento sólo deseo añadir que estoy vivamente afligido por las reacciones suscitadas por un breve pasaje de mi discurso en la Universidad de Ratisbona, considerado ofensivo para la sensibilidad de los creyentes musulmanes, mientras que se trataba de un cita de un texto medieval, que de ningún modo expresa mi pensamiento personal. A este propósito, ayer el señor cardenal secretario de Estado hizo pública una declaración en la que explicó el sentido auténtico de mis palabras. Espero que esto sirva para calmar los ánimos y aclarar el verdadero significado de mi discurso, que en su totalidad era y es una invitación al diálogo franco y sincero, con gran respeto recíproco. Este es el sentido del discurso.

Ahora, antes de la oración mariana, deseo referirme a dos recientes e importantes conmemoraciones litúrgicas: la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, celebrada el 14 de septiembre, y la memoria de la Virgen de los Dolores, celebrada al día siguiente. Estas dos celebraciones litúrgicas se pueden resumir visiblemente en la tradicional imagen de la crucifixión, que representa a la Virgen María al pie de la cruz, según la descripción del evangelista san Juan, el único de los Apóstoles que permaneció junto a Jesús moribundo. Pero ¿qué sentido tiene *exaltar la cruz*? ¿Acaso no es escandaloso venerar un patíbulo infamante? Dice el apóstol san Pablo: «Nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles» (*1 Co* 1, 23). Pero los cristianos no exaltan una cruz cualquiera, sino *la cruz* que Jesús santificó con su sacrifico, fruto y testimonio de inmenso amor. Cristo en la cruz derramó toda su sangre para librar a la humanidad de la esclavitud del pecado y de la muerte. Por tanto, de signo de maldición la cruz se ha transformado en signo de bendición, de símbolo de muerte en símbolo por excelencia del Amor que vence el odio y la violencia y engendra la vida inmor-

tal. «*O Crux, ave spes unica!*», «¿Oh cruz, única esperanza»!. Así canta la liturgia.

Narra el evangelista: junto a la cruz estaba María (cf. *Jn* 19, 25-27). Su dolor forma un todo con el de su Hijo. Es un dolor lleno de fe y de amor. La Virgen en el Calvario participa en la fuerza salvífica del dolor de Cristo, uniendo su «*fiat*», su «sí», al de su Hijo.

Queridos hermanos y hermanas, unidos espiritualmente a la Virgen de los Dolores, renovemos también nosotros nuestro «sí» al Dios que eligió el camino de la cruz para salvarnos. Se trata de un gran misterio que aún se está realizando, hasta el fin del mundo, y que requiere también nuestra colaboración. Que María nos ayude a tomar cada día nuestra cruz y a seguir fielmente a Jesús por el camino de la obediencia, del sacrificio y del amor.

Gracias a todos vosotros; me animáis.

DECLARACIÓN DEL CARDENAL TARCISIO BERTONE SECRETARIO DE ESTADO

Ante las reacciones de musulmanes por algunos párrafos del discurso que el Santo Padre Benedicto XVI pronunció en la Universidad de Ratisbona, además de las aclaraciones y puntualizaciones hechas ya a través del director de la Sala de prensa de la Santa Sede, deseo añadir lo siguiente:

La posición del Papa sobre el islam es la que se expresa, de forma inequívoca, en el documento *Nostra aetate* del concilio Vaticano II: «La Iglesia mira con aprecio a los musulmanes, que adoran al único Dios vivo y subsistente, misericordioso y omnipotente, Creador del cielo y de la tierra, que habló a los hombres, a cuyos

ocultos designios procuran someterse por entero, como se sometió a Dios Abrahán, a quien la fe islámica se refiere de buen grado. Veneran a Jesús como profeta, aunque no lo reconocen como Dios; honran a María, su madre virginal, y a veces incluso la invocan devotamente. Además, esperan el día del juicio, cuando Dios recompensará a todos los hombres una vez que hayan resucitado. Aprecian, por tanto, la vida moral y veneran a Dios sobre todo con la oración, las limosnas y el ayuno» (n. 3).

La opción del Papa en favor del diálogo interreligioso e intercultural también es inequívoca. En el encuentro con los representantes de algunas comunidades musulmanas en Colonia, el 20 de agosto de 2005, dijo que ese diálogo entre cristianos y musulmanes «no puede reducirse a una opción temporal», y añadió: «Las lecciones del pasado han de servirnos para evitar caer en los mismos errores. Nosotros queremos buscar las vías de la reconciliación y aprender a vivir respetando cada uno la identidad del otro» (*L'Osservatore Romano*, edición en lengua e española, 26 de agosto de 2005, p. 9).

Por lo que atañe al juicio del emperador bizantino Manuel II Paleólogo, citado por él en el discurso de Ratisbona, el Santo Padre no pretendía ni pretende de ningún modo asumirlo como propio; sólo lo utilizó como una referencia para desarrollar, en un ámbito académico y como se deduce de una completa y atenta lectura del texto, algunas reflexiones sobre el tema de la relación entre religión y violencia en general y concluir con *un claro y radical rechazo de la motivación religiosa de la violencia, independientemente de donde proceda.* Vale la pena recordar lo que el mismo Benedicto XVI afirmó recientemente en el mensaje conmemorativo del vigésimo aniversario del Encuentro interreligioso de oración por la paz convocado por su amado predecesor Juan Pablo II y realizado en Asís en octubre de 1986: «Las manifestaciones de violencia no pueden atribuirse a la religión en cuanto tal, sino a los límites culturales con que se vive y se desarrolla en el tiem-

po. (...) De hecho, en todas las grandes tradiciones religiosas se registran testimonios del íntimo vínculo que existe entre la relación con Dios y la ética del amor» *(L'Osservatore Romano,* edición en lengua española, 15 de septiembre de 2006, p. 3).

Por tanto, el Santo Padre está profundamente afligido por el hecho de que algunos pasajes de su discurso hayan podido parecer ofensivos para la sensibilidad de los creyentes musulmanes y hayan sido interpretados de una manera que no corresponde en absoluto a sus intenciones. Por otra parte, ante la ferviente religiosidad de los creyentes musulmanes, ha exhortado a la cultura occidental secularizada a evitar «el desprecio de Dios y el cinismo que considera la mofa de lo sagrado como un derecho de la libertad» *(Homilía en la misa en la explanada de la Nueva Feria de Munich, Alemania,* 10 de septiembre de 2006: *L'Osservatore Romano,* edición en lengua española, 15 de septiembre de 2006, p. 12).

Al reafirmar su respeto y su estima por quienes profesan el islam, el Papa desea que se les ayude a comprender en su correcto sentido sus palabras, para que, superado pronto este momento difícil, se refuerce el testimonio del «único Dios, vivo y subsistente, misericordioso y omnipotente, creador del cielo y de la tierra, que habló a los hombres», y la colaboración para «defender y promover juntos la justicia social, los valores morales, la paz y la libertad para todos los hombres» *(Nostra aetate,* 3).

Documentos Arquidiocesanos

ORDENACIÓN EPISCOPAL

Homilía de la ordenación episcopal de S. E. René Coba y S. E. Danilo Echeverría

CATEDRAL METROPOLITANA DE QUITO: 11 DE AGOSTO DE 2006

Estamos de fiesta; cada vez que nos reunimos a celebrar la Palabra y la Eucaristía, nos llenamos de gozo y alegría, al encontramos con el Señor y con los hermanos y hermanas de la Comunidad.

Pero esta celebración tiene una razón más para el regocijo de la Comunidad; dentro de ella, dos hermanos sacerdotes: René y Danilo, van a ser ordenados Obispos de la Iglesia, mediante la imposición de las manos y la Plegaria de Ordenación.

Como siempre la Palabra de Dios proclamada ilumina el acontecimiento que estamos viviendo; el evangelio de Juan nos recuerda la figura emblemática de Jesús que se autodefine como buen Pastor, el buen pastor que da la vida por sus ovejas. Para nosotros, creyentes y discípulos de Jesús, él es nuestro Pastor, nuestro Guía, que va delante de sus seguidores; oímos su voz, nos llama por nuestro nombre, es una relación personalizada.

Y el mismo Jesús, al fundar su Iglesia, eligió a los apóstoles y les hizo partícipes de su misión y su autoridad. Elevado a la derecha del Padre, rezamos en el Prefacio de los Apóstoles, no abandona a su rebaño, sino que lo guarda por medio de los apóstoles bajo su constante protección y lo dirige también mediante estos mismos pastores que continúan hoy su obra. Por tanto es Cristo

quien da a unos ser apóstoles, a otros pastores, y sigue actuando por medio de los obispos. El Concilio Vaticano II en la Constitución *Lumen Gentium*, afirma: "En los obispos, a cuyo lado están los presbíteros, se hace presente, pues, en medio de los creyentes nuestro Señor Jesucristo, Sumo Sacerdote. En efecto, sentado a la derecha del Padre, no está lejos del grupo de sus pontífices, sino que, sobre todo por medio de su incomparable servicio, anuncia la palabra de Dios a todos los pueblos y administra sin cesar los sacramentos de la fe a los creyentes. Por medio de su servicio paternal, Cristo incorpora nuevos miembros a su Cuerpo con el nuevo nacimiento sobrenatural y, finalmente, por medio de su sabiduría y prudencia, dirige y guía al Pueblo de la Nueva Alianza en su caminar hacia la felicidad eterna. Estos pastores, elegidos para pastorear el rebaño de Dios, son ministros de Cristo y administradores de los misterios de Dios".

Para realizar estas funciones tan sublimes, los Apóstoles se vieron enriquecidos por Cristo con la venida especial del Espíritu Santo que descendió sobre ellos.

Ellos mismos comunicaron a sus colaboradores, mediante la imposición de manos, el don espiritual que se ha trasmitido hasta nosotros en la ordenación de los obispos. Por esta ordenación episcopal se recibe la plenitud del sacramento del orden. De hecho, se le llama, tanto en la Liturgia de la Iglesia como en los Padres, "sumo sacerdocio" o "cumbre del ministerio sagrado".

Y vamos a celebrar el misterio de la ordenación episcopal de René y Danilo, como don del Señor a esta Iglesia de Quito; imploremos todas las gracias y dones que necesitan estos hermanos para el fiel cumplimiento de la misión que les otorga el Espíritu y la Iglesia; y elevemos nuestra oración de petición a que el Señor les conceda la disposición de espíritu y la fidelidad evangélica para el fiel cumplimiento del servicio al que han sido llamados.

Humanamente hablando, es una tarea y responsabilidad que sobrepasan a la débil condición de nuestra naturaleza; en cada vocación que tenemos en nuestras vidas, hay prioridades, esfuerzos, dificultades, alegrías y gozos, metas que alcanzamos y energías que utilizamos, y será la vocación de servicio en tantos y tantos oficios y quehaceres de la vida, y será la vocación de fundar la familia, y será la vocación de entregarse para cooperar en la búsqueda del bien de los hermanos, y será la vocación al sacerdocio ministerial que le dispone y habilita para, en nombre de Cristo, ser los pastores de la Iglesia con la palabra y la gracia de Dios.

Se hace presente la gracia del Señor, en todas las vocaciones, e igualmente en aquellos que, respondiendo al llamado del Señor, han sido constituidos sacerdotes y más todavía en aquellos que como René y Danilo, han sido llamados al sumo sacerdocio.

En la segunda quincena del mes de octubre de 2001, se realizó el Sínodo, convocado por el Santo Padre Juan Pablo II para reflexionar sobre el Obispo, servidor del Evangelio de Jesucristo para la esperanza del mundo; fruto de ese Sínodo, el Santo Padre nos entregó la Exhortación Postsinodal *Pastores Gregis* (Los Pastores de la Grey). Extraordinario Documento en el que se describe el Misterio y el Ministerio del Obispo, su vida espiritual, su servicio como Maestro de la Fe y Heraldo de la Palabra, su misión como ministro de la gracia del Supremo Sacerdocio y su Servicio Pastoral.

Decía hace un momento, que para cada vocación, se hace presente la Gracia del Señor, la misma que cotidianamente la pedimos al Señor, para que en su misericordia y bondad podamos cumplir con nuestro compromiso episcopal.

Todo lo concerniente a la vida y testimonio del Obispo, tiene importancia; ahora deseo destacar dos aspectos:

- El Obispo debe ser ante todo un hombre de oración, porque como Moisés es llamado a guiar el pueblo con la fuerza de Dios, alcanzada en el monte Sinaí. El Concilio Vaticano II lo dice expresamente: "los obispos con la oración y el trabajo por el pueblo, de varias formas infunden abundantemente la plenitud de la santidad de Cristo"; la exhortación postsinodal de Juan Palo II, nos dice: "la oración es en sí misma un deber particular para el Obispo, como lo es para cuantos han recibido el don de la vocación a una vida de especial consagración: por su naturaleza, la consagración les hace más disponibles para la experiencia contemplativa. El Obispo no puede olvidar que es sucesor de aquellos apóstoles que fueron instituidos por Cristo ante todo "para que estuvieran con él".

- El segundo aspecto que resalto es referente a que el Obispo tenga a los sacerdotes como sus hermanos; viva recomendación de Juan Pablo II a un grupo de Obispos en 1986: "Estén cercanos a cada uno de sus sacerdotes mediante el apoyo personal, para ayudarles a crecer en la vida sobrenatural, para ser guías espirituales del Pueblo de Dios". Y el Papa Pablo VI, en 1977 decía a los Obispos: "Amen al clero, que comparte con ustedes el cansancio cotidiano del anuncio del evangelio..., puesto que los sacerdotes son los primeros y más estrechos colaboradores de ustedes..., en ninguna otra ocupación el Obispo emplea más fructuosamente el tiempo, corazón, actividad, que en la formación, en la asistencia, en la escucha, en la conducción, en la advertencia y en el descanso de su clero". En la exhortación *Pastores Gregis,* nos dice el Santo Padre Juan Pablo II: Uno de los primeros deberes del Obispo es la atención espiritual a su presbiterio: "El gesto del sacerdote que, el día de la ordenación presbiteral, pone sus manos en las manos del obispo prometiéndole respeto y obediencia filial, puede parecer a primera vista un gesto con sentido único. En realidad, el gesto compromete a ambos: al sacerdote y al obispo. El joven presbítero decide encomendarse al obispo, y por su

parte, el obispo se compromete a custodiar esas manos.

Estos dos aspectos, y otros muchos que tiene la vida, el testimonio y la actividad del obispo, nos conduzca a que todos nosotros, como miembros del Colegio Episcopal, al acoger a estos dos nuevos hermanos obispos lo hagamos con el vivo anhelo de vivir la fraternidad episcopal, ayudándoles con nuestra oración y testimonio; lo mismo a ustedes queridos sacerdotes, religiosos, fieles todos, la oración de ustedes alcanzará del Señor las gracias necesarias para estos nuevos servidores del Pueblo de Dios y para que quienes fuimos llamados al servicio episcopal, igualmente seamos pastores conformes al Corazón de Jesús y las necesidades de la Iglesia.

Un recuerdo y una ofrenda: espiritualmente presentes se encuentran con nosotros el Sr. Cardenal Antonio González, Arzobispo emérito de Quito y Monseñor Juan Larrea, Arzobispo emérito de Guayaquil. Estos dos hermanos obispos están muy unidos a la vida de los dos nuevos obispos; desde su estado de cuidado en la salud, envían su fraternal saludo y el ofrecimiento de sus sufrimientos y dolores, para que René y Danilo obtengan del Señor las gracias para su episcopado.

Vamos a iniciar el Rito de la Ordenación Episcopal. Al escuchar los mandatos apostólicos de parte de S.E. el Sr. Nuncio Apostólico en el Ecuador, reitero mi agradecimiento al Santo Padre Benedicto XVI que paternalmente concede a esta Iglesia de Quito, la valiosa ayuda de dos hermanos para proseguir la tarea de evangelizar al Pueblo de Dios, encomendado a mi cuidado pastoral. Así sea.

Raúl E. Vela Chiriboga
Arzobispo de Quito
Primado del Ecuador

N.1700/06

Nos
Giacomo Guido Ottonello Pastorino
Arzobispo titular de Sasabe
Nuncio apostólico del Ecuador

En virtud de las facultades que Su Santidad el Papa Benedicto XVI nos ha concedido en nuestra calidad de su representante en el Ecuador

Autorizamos

A su Excelencia Reverendísima Monseñor René Coba Galarza, Obispo Auxiliar electo de Quito, con el título de Vegesela de Bizacena, a recibir la ordenación episcopal antes que lleguen las relativas letras apostólicas.

Dado en Quito, en la sede la Nunciatura Apostólica, a los diez días del mes de agosto del año del Señor dos mil seis.

+Giacomo Guido Ottonello Pastorino
Arzobispo titular de Sasabe
Nuncio apostólico del Ecuador

N.1699/06

Nos
Giacomo Guido Ottonello Pastorino
Arzobispo titular de Sasabe
Nuncio apostólico del Ecuador

En virtud de las facultades que Su Santidad el Papa Benedicto XVI nos ha concedido en nuestra calidad de su representante en el Ecuador

Autorizamos

A su Excelencia Reverendísima Monseñor Danilo Echeverría Verdesoto, Obispo Auxiliar electo de Quito, con el título de Tibuzabeto, a recibir la ordenación episcopal antes que lleguen las relativas letras apostólicas.

Dado en Quito, en la sede la Nunciatura Apostólica, a los diez días del mes de agosto del año del Señor dos mil seis.

+Giacomo Guido Ottonello Pastorino
Arzobispo titular de Sasabe
Nuncio apostólico del Ecuador

INSTRUCTIVO PASTORAL

Iglesia Sacramento de Unidad. Con alegría y confianza en el Señor, comprometámonos todos, obispos, sacerdotes, religiosos y fieles a dar testimonio de fraternidad y unidad, en el servicio al Pueblo de Dios. Esto exige que todos los sacerdotes, como signo de esa unidad guarden las normas comprendidas en este Instructivo Pastoral de nuestra Iglesia particular.

1. **Consejo Arquidiocesano de pastoral**
   En la Arquidiócesis, a más de los Consejos de Consultores, de Vicarios y Presbiterio y de los Decanatos se constituye el Consejo Arquidiocesano de Pastoral, presidido por el Arzobispo, con la coordinación de la Vicaría de Pastoral, e integrado por los coordinadores de Comisiones y Departamentos Pastorales y por algunos religiosos y laicos que oportunamente se nombrarán.

2. **Ministerio parroquial**
   Corresponde a los sacerdotes, asumir con celo apostólico y responsabilidad el cargo y servicios pastorales que el Arzobispo les encomiende. Para los párrocos, el primer e insustituible servicio es su Parroquia. De acuerdo a las Normas de Derecho Canónico tienen *la obligación de residir en ella* y concretamente en la Casa parroquial. Dedíquense con generosidad y celo apostólico a sus obligaciones, muchas de las cuales no son delegables. Atiendan con esmero al culto, acojan con bondad a los feligreses. Solo los párrocos o sus vicarios pueden realizar las informaciones previas al matrimonio y dar fe, con su firma, en los libros parroquiales y en los certificados que la parroquia expida.

3. **Para salir de la parroquia**
   Por más de seis días, el Párroco debe solicitar al Arzobispo, o

a sus Vicarios la debida autorización, así como la aprobación y facultades para el sacerdote que le sustituya.

4. Los sacerdotes que opten por **prestar su servicio en otra Diócesis**, del país o del exterior, deben cumplir con el trámite correspondiente establecido por el Derecho Canónico.

5. **La Celebración Litúrgica.** A más de ser obligatorio respetar las normas litúrgicas mandadas por la Iglesia Católica, su cuidadoso cumplimiento es un signo de unidad y testimonio para los fieles.

6. **El Domingo, Día del Señor,** es central en la Liturgia de la Iglesia. Comprometámonos a celebrado con el máximo esmero, amor y entusiasmo.

7. Respeten los sacerdotes *las normas que la Iglesia ha establecido para la celebración de la Misa*. No es admisible inventar o cambiar las anáforas aprobadas, sustituir las lecturas bíblicas con la de otros autores. La Homilía corresponde al Sacerdote que preside. Cuiden los sacerdotes de usar los libros litúrgicos del Altar y del Ambón y los ornamentos litúrgicos aprobados, siempre cuidando su presentación digna y esmerada.

8. **Sobre las intenciones de Misas** Respeten los sacerdotes la voluntad de los donantes, eviten la escandalosa impresión de una venta de misas. Cuando es del caso la intención debe ser única: matrimonios, funerales, aniversarios. En ningún caso deben acumularse para una misa una larga lista de intenciones o celebrar una misa con varias intenciones incompatibles.

9. **El lugar propio** de la celebración de la Misa es el Templo. Para celebraciones fuera del templo se requiere causa justa y autorización expresa del Ordinario.

10. **Sacramentos** Cuiden los Sacerdotes de celebrados con esmero, de acuerdo a las normas litúrgicas y utilizando los rituales aprobados.

11. **El Bautismo** debe realizarse en el Templo y Pila Parroquial. No está permitido celebrarlo en capillas y menos en las casas.

12. **La Confirmación.** El Obispo es el Ministro Ordinario de la Confirmación, él puede delegar esta facultad a algunos sacerdotes, pero nadie, por su cuenta debe atribuirse esta facultad.

13. **El Matrimonio.** Corresponde, normalmente, al Párroco presenciar y bendecir el matrimonio y el lugar propio es el Templo Parroquial. Para celebrar, validamente, el Matrimonio en un Templo, fuera de la jurisdicción parroquial, se requiere licencia del Ordinario. Tengan cuidado los sacerdotes para evitar que se realicen matrimonios inválidos por falta de jurisdicción.

14. Queda **absolutamente prohibido** la celebración del Sacramento del Matrimonio en **hosterías, quintas** y **lugares de recepción.**

15. No celebren los sacerdotes misas, bendiciones u otras **ceremonias litúrgicas para matrimonios civiles,** de divorciados o de uniones de facto. Esto causa confusión y escándalo.

16. **Itinerarios Catequéticos** Se reitera la obligación de seguir el itinerario aprobado, tanto por la Arquidiócesis como por la Conferencia Episcopal para la preparación de niños y jóvenes para la Primera Comunión no debe realizarse antes del 7° año de básica (12 años de edad) y después de dos años de preparación. La Confirmación no debe realizarse antes del 2° año del diversificado (14 años de edad) y después de dos

años de preparación. Esta norma obliga tanto a las parroquias como a los establecimientos educativos.

17. **Funerales.** Procuren los párrocos, que en lo posible los funerales se realicen en el Templo Parroquial o en una Capilla pública. Solo están autorizadas la celebración de misas de funerales en los cementerios que tienen capilla pública aprobada por la Autoridad Eclesiástica. Para celebración de misas de funerales en funerarias o en casas de los difuntos se requiere motivo justo y aprobación expresa del Ordinario, o en caso de urgencia del Párroco del lugar.

18. **Capellanes** para el servicio de Funerales se nombrará un grupo de sacerdotes - capellanes que presten el servicio de atención pastoral en funerales de acuerdo a las normas que la Autoridad Eclesiástica establezca.

    Las misas de funerales han sido motivo de grandes abusos por algunos sacerdotes católicos que se han convertido en "profesionales de misas de funerales", de pastores protestantes o de otras Iglesias que simulan misas de rito católico y de las propias empresas funerales.

19. **"Combos"** La cultura del mercado ha introducido la costumbre de algunas empresas, de ofrecer "combos" para matrimonios y funerales, que incluyen la ceremonia litúrgica.

    Es un abuso insoportable, queda expresamente prohibido a los presbíteros de la Arquidiócesis de Quito prestarse a este negocio de sacramentos, que llega a la simonía, y que sería causa de penas canónicas.

20. **Inventarios Parroquiales** Inicien de inmediato, los párrocos el inventario de bienes inmuebles de la Parroquia, por separado de los Templos y de la Casa Parroquial.

En cada cambio de Párroco debe firmarse una Acta de entrega recepción de los inventarios. Firmarán esta Acta el Párroco saliente y el entrante y como testigos el Presidente, Secretario y Tesorero del Consejo Pastoral o Económico de la Parroquia.

Los formularios para los inventarios serán proporcionados por la Curia.

21. Empéñense los párrocos en dotar paulatinamente de todos los muebles y equipos, tanto para la Casa Parroquial como para el Templo, bienes que deben ser de propiedad de la Parroquia.

    En el plazo de tres años todas las casas parroquiales deben estar debidamente amobladas y equipadas. El vehículo, donado para la parroquia, debe quedar en la misma y estar matriculado a nombre del Consejo Gubernativo de la Arquidiócesis.

22. **Seguro de salud del Clero.** Se encomienda a la Comisión de Pastoral de Sacerdotes, estudie y presente a la consideración del Arzobispo, un programa viable de Seguro de enfermedad del Clero.

23. **Formación permanente del Clero** La actualización en Ciencias Religiosas es una prioridad pastoral de la Arquidiócesis. La opción de los sacerdotes debe ser su actualización teológica y no la de carreras civiles cuyo posterior desempeño no es compatible con el desempeño del sacerdocio, particularmente con el servicio parroquial. Para iniciar estudios diversos a los propios del sacerdote es necesario previamente consultar al Arzobispo.

24. **Profesores de Universidades o Establecimientos Educacionales.** Para desempeñar estas funciones, requieren los sacerdotes, autorización del ordinario y especialmente para ser profesores de Ciencias Teológicas.

25. **Capellanes.** Corresponde al Arzobispo el nombramiento de Capellanes, los capellanes en ejercicio que no han recibido este nombramiento deben recabarlo del Ordinario.

26. **Misas de sanación.** No están reconocidas por la Iglesia estas misas. Lo normal será celebrar la Misa solicitando la misericordia de Dios para que Él conceda, si es su voluntad la curación.

27. **Predicadores.** Para que un sacerdote de otra Diócesis o País preste el servicio de predicador en retiros espirituales, en concentración de movimientos apostólicos o similares, se requiere autorización previa del Ordinario; igual forma "predicadores" laicos.

28. **Fundaciones** Para crear "Fundaciones", con fines sociales o religiosos, los sacerdotes del Clero diocesano, requieren presentar previamente al Arzobispo el correspondiente proyecto y solicitar su autorización.

Quito, 23 de junio de 2006
Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús

Raúl Vela Chiriboga
Arzobispo de Quito
Primado del Ecuador

ADMINISTRACIÓN ECLESIÁSTICA

Nombramientos

Junio

05. P. Ricardo Chamorro Armas, O. de M., Párroco de Nuestra Madre de la Merced de Pusuquí.
05. P. Edgar Ramiro Palacios Quiroz, O. de M., Vicario parroquial de Nuestra Madre de la Merced de Pusuquí.
15. Sra. Amparo Medina, Delegada del Arzobispado de Quito al XII Encuentro de la Familia, en Valencia, España.
26. P. Luis Gabriel Mejía Saavedra, Párroco y Síndico de San José de Monjas.
26. P. Octavio González, O. de M., Párroco de la Merced de El Tejar.
27. P. Nelson Eduardo Auza Schoenstatt, Administrador parroquial de Santa María Madre de la Iglesia.

Julio

05. P. Ricardo Valdivieso, Director del Colegio particular "Cardenal González Zumárraga".

Agosto

02. P. Fredy Iván Suntaxi Ñacato, Vicario parroquial de San Andrés Kim.
09. P. Carlos Enrique Mejía Tito, Vicario parroquial de San Juan Bautista de Sangolquí para atender al Barrio Selva Alegre.

Septiembre

11. P. Germán Delgado Zúñiga, SDB., Párroco de San Juan Bosco de la Kennedy.
11. P. Juan Carlos Jiménez León, Vicario parroquial de Santiago de Chillogallo.
11. P. Felipe Mayordomo Alvarez, SDB., Párroco de María Auxiliadora de El Girón.
10. P. Emilio Vera Salazar, SDB., Párroco de Cristo Rey de la Tola.
15. P. Manuel Alfredo Lalangui Lalangui, miembro del equipo de formadores del Seminario Menor San Luis.
15. P. Manuel Alfredo Lalangui Lalangui, Capellán de la Unidad Educativa Borja 1.
26. P. Fernando Pozo, OFM., Párroco de Nuestra Señora de Guápulo.
26. P. John Castro, OFM., Párroco de San Diego.
27. P. Gustavo Sisalema Morales, OFM., Párroco de Nuestra Señora del Carmen de Ascázubi.
27. P. Héctor Moposita, CSJ., Párroco Solidario de San Sebastián de Pifo.
27. P. Pedro Moncayo, CSJ., Párroco Solidario de la Magdalena.

Decretos

Junio

24. Decreto de erección de la Parroquia eclesiástica de San José de Monjas.

Ordenaciones

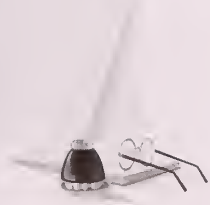
Julio

29. El día sábado 29 de julio del 2006, a las 08h30, en la Catedral Primada de Quito, el Excmo. Mons. Raúl E. Vela

Chiriboga, Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador, confirió el ministerio del Lectorado al señor Giovanni Alfonso Lalaleo Villacís, seminarista de la Arquidiócesis de Quito; el ministerio del Acolitado a los señores Francisco Eloy Castillo Merino, Javier Ernesto Catota Centeno, Franklin Miguel Cuenca Escobar, Héctor Alfredo Fernández Cuenca y Bacilio Jordán Robles Herrera seminaristas de la Arquidiócesis de Quito; el orden sagrado del Diaconado a los señores Luis Alfredo Carrera Carrera, Alex Danilo Gavilanes Toapanta y Angel Efrén Sánchez Montero, seminaristas de la Arquidiócesis de Quito; y el orden Sagrado del Presbiterado a los señores Juan Carlos Jiménez León, Manuel Alfredo Lalangui Lalangui y Jorge Nemecio Romero Moreira, Diáconos de la Arquidiócesis de Quito.

Agosto

11. El día viernes 11 de agosto del 2006, a las 10h00, en la Iglesia Catedral Primada de Quito, el Excmo. Mons. Raúl E. Vela Chiriboga, como Ordenante y Mons. Giacomo Guido Ottonello, Nuncio Apostólico en el Ecuador; Mons. Antonio Arregui Yarza, Arzobispo de Guayaquil; Mons. Néstor Herrera Heredia, Obispo de Machala y Presidente de la Conferencia Episcopal; y Mons. Julio Terán Dutari, Obispo de Ibarra, como Co-Ordenantes; los demás Obispos de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, como concelebrantes, **confirieron el orden sagrado del Episcopado a Mons. Segundo René Coba Galarza** y a **Mons. Vicente Danilo Echeverría Verdesoto,** nombrados por Su Santidad el Papa Benedicto XVI Obispos Auxiliares de Quito con fecha 7 de junio del 2006.



Información Eclesial

Información Eclesial En el Ecuador



UNA MIRADA AL SEMINARIO MENOR

El lunes 3 de julio, a las 09h30, en Betania del Colegio, se reunieron Mons. Raúl Vela Chiriboga, Arzobispo de Quito, sus Vicarios y la Directiva de la Asociación de Ex-alumnos del Seminario Menor "San Luis", con el objeto de analizar un proyecto de reforma y actualización de este secular establecimiento educativo que le permita recuperar su tradicional prestigio.

AMBICIOSO PROYECTO MARIANO

En el mes de julio concurrieron a la Curia Metropolitana el Dr. Enrique Krauss Rusgue, Embajador de Chile, y la Dra. Angela Garoz Cabrera, Embajadora de la República de Guatemala, a solicitar que se les consiga una iglesia en Quito que esté en condiciones de recibir a 17 imágenes de la Virgen Santísima, que representarían a las Patronas de los países latinoamericanos acreditados ante el Gobierno del Ecuador.

ORDENACIONES EPISCOPALES

El viernes 11 de agosto, a las 10h00, en la Catedral Primada de Quito, tuvieron lugar las ordenaciones episcopales de Mons. René Coba Galarza y Mons. Danilo Echeverría Verdesoto, nombrados Obispos Auxiliares de Quito por Su Santidad el Papa Benedicto XVI. La ceremonia resultó solemnísima debido a la presencia de todos los Obispos del Ecuador, del señor Nuncio Apostólico, de 300 sacerdotes de Quito e Ibarra y de numerosos fieles que llenaron las naves de la Catedral.

RETIROS ESPIRITUALES DEL CLERO DIOCESANO DE QUITO

Se realizaron en Betania del Colegio, la primera tanda del 14 al 18 de agosto y la segunda del 21 al 25. Estos retiros estuvieron dirigidos por los padres Francisco Javier Vicente y Pablo Suárez, sacerdotes españoles de la Obra de la Iglesia, fundada por la Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia. Asistieron a estas dos jornadas de espiritualidad algo más de 100 sacerdotes del Presbiterio Arquidiocesano de Quito.

BODAS DE ORO

Un numeroso grupo de maestras ex-alumnas del prestigioso Normal Manuela Cañizares celebraron los 50 años de graduación el día sábado 19 de agosto, a las 08h30, en la catedral Primada de Quito, en compañía de sus familiares y amigos. La Eucaristía de acción de gracias estuvo presidida por el Excmo. Mons. Raúl Vela Chiriboga, Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador.

REUNIÓN DEL CONSEJO PASTORAL DE LA ARQUIDIÓCESIS DE QUITO

Tuvo lugar en Betania del Colegio, el martes 12 de septiembre, con el objeto de escuchar, recibir y analizar los planes de acción pastoral de las nueve Comisiones arquidiocesanas. Presidió la reunión Mons. Raúl Vela Chiriboga, Arzobispo de Quito, acompañado de sus Obispos Auxiliares y Vicarios Generales y con la asistencia de una gran mayoría de los miembros del Consejo Pastoral. La jornada duró desde las 09h00 hasta las 17h00.

VIAJE DE LOS OBISPOS AUXILIARES A ROMA

A mediados del mes de septiembre viajaron a Roma Mons. René Coba Galarza y Mons. Danilo Echeverría Verdesoto, Obispos Auxiliares de Quito, para asistir a un Encuentro de varios días con los Obispos de las últimas promociones de todo el mundo y con el Santo Padre Benedicto XVI, y para recibir instrucciones en orden a un mejor desempeño de su labor pastoral en nuestra Arquidiócesis.

MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS

La Asociación de Empleados del Ministerio de Gobierno celebró una Eucaristía en la Catedral Primada de Quito, a las 09h00, con motivo del aniversario de su fundación. Presidió la celebración el Excmo. Mons. Raúl Vela Chiriboga, Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador.

NOTA NECROLÓGICA ✠

Falleció Monseñor Juan Ignacio Larrea Holguín

El domingo 27 de agosto, a las 07h30, descansó en el Señor Mons. Juan Ignacio Larrea Holguín, Arzobispo Emérito de Guayaquil, a los 79 años de edad.

Nació en Buenos Aires, Argentina, el 9 de agosto d 1927, cuando su padre Don Manuel Larrea desempeñaba el cargo de Embajador del Ecuador en dicho país.

Fue alumno fundador en la Facultad de Jurisprudencia de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador; después del respectivo período de estudios, obtuvo el título de Doctor en Jurisprudencias; fue profesor de Derecho Civil tanto en la Universidad católica como en la Universidad Central del Ecuador; y se desempeñó como abogado del Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social y del Tribunal Supremo Electoral.

En Italia, mientras realizaba estudios universitarios, conoció el Opus Dei a través de un trato personal con San José María Escrivá de Balaguer y en 1952 se convirtió en el primer ecuatoriano miembro de esta Institución eclesiástica. Luego de la debida preparación académica y espiritual, fue ordenado sacerdote en la ciudad de Roma el 5 de agosto de 1962.

En 1969 el Papa Paulo VI le elevó al Episcopado y recibió la ordenación episcopal el 15 de julio del mismo año. Desde entonces ha servido a la Iglesia en el Ecuador, con celo apostólico y lucimiento, como Obispo Auxiliar de Quito, Obispo de Ibarra y Obispo Castrense del Ecuador; el 8 de diciembre de 1989 Su Santidad Juan Pablo II le promovió al Arzobispado de Guayaquil, cargo que lo desempeño hasta el mes de mayo del 2003 y al que debió renunciar a causa de su edad y de su delicado estado de salud.

A Mons. Juan Ignacio Larrea Holguín Dios le otorgó la gracia de ser un sacerdote espiritual, intelectual y sabio: durante su vida escribió algunos libros de carácter religioso y la gran Enciclopedia Jurídica Ecuatoriana en 12 tomos. Por su sabiduría y su competencia jurídica fue frecuentemente consultado por autoridades y profesionales del derecho.

El lunes 28 de agosto se le rindió un homenaje póstumo y se celebró una misa exequial en sufragio de su alma en la Basílica del Voto Nacional. Igual homenaje se le tributó en la Catedral de Guayaquil, ciudad en la que se sepultaron sus restos mortales.

Que el Señor introduzca en su Reino al querido Mons. Juan Ignacio Larrea Holguín, su siervo bueno, sabio, prudente y fiel.

Información Eclesial
En el Mundo

LLAMAMIENTO DEL PAPA A LA PAZ

Con ocasión de la meditación mariana del ángelus del domingo 2 de julio, el Santo Padre hizo un ferviente llamamiento a favor de la paz en Irak y Tierra Santa.

APERTURA DEL PROCESO DEL CARD. EDUARDO PIRONIO

El viernes 23 de junio, solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, en la sala de la Conciliación del palacio apostólico lateranense, el Card. Camilo Ruini, vicario general de Su Santidad para la diócesis de Roma, presidió la apertura de la fase diocesana del proceso de beatificación y canonización del cardenal argentino Eduardo Francisco Pironio.

EL SANTO PADRE TOMA UN DESCANSO

Desde el martes 11 hasta el viernes 28 de julio, el Papa Benedicto XVI tomó su descanso en la localidad alpina de Les Combes de introd., Valle de Aosta, donde recibió la bienvenida de monseñor Giuseppe Antossi, obispo de Aosta, y de las autoridades civiles y militares.

FALLECIÓ ARZOBISPO EMÉRITO DE MADRID

El cardenal Angel Suquía Goicochea, arzobispo emérito de Madrid, falleció el jueves 13 de julio a los 89 años de edad. Fue obispo de Almería y de Málaga, metropolitano de Santiago de Compostela, hasta cuando el Papa Juan Pablo II lo nombró arzobispo de Madrid el 12 de abril de 1983.

JORNADA POR LA PAZ

El Santo Padre Benedicto XVI, con ocasión del agravamiento de la situación en Oriente próximo, convocó a una jornada especial de oración y penitencia para el domingo 23 de julio.

MISA DE ANIVERSARIO

Con ocasión del XXVIII aniversario de la muerte del Papa Pablo VI, acaecida el 6 de agosto de 1978, se celebró una misa en la cripta de la basílica vaticana, presidida por Mons. Domenico Sigalini, obispo de Palestrina.

MISA POR LA PAZ

El cardenal Roger Etchegaray, enviado del Papa, presidió una celebración eucarística por la paz en el Líbano y en todo Oriente próximo, el martes 15 de agosto, en el santuario de Nuestra Señora del Líbano, en Harisa, con la participación de su Beatitud el cardenal Nasrallah Pierre CEFIR, patriarca de Antioquia de los maronitas.

SACERDOTE SECUESTRADO EN IRAK

El Santo Padre pidió la liberación inmediata del sacerdote católico de rito caldeo Saad Syrop Hanna, secuestrado en Bagdad el martes 15 de agosto, mediante telegrama enviado a Su Beatitud Emmanuel III Delly, patriarca de Babilonia de los caldeos.

"EL MISTERIO DE LA CARIDAD DE JUANA DE ARCO"

Esta obra escrita por Charles Péguy en 1909, después de su vuelta a la fe católica en 1908, se representó en el patio del palacio pontificio de Castelgandolfo, en presencia del Papa, el sábado 19 de agosto, por la tarde.

Temas de Actualidad

LA TRANSMISIÓN DE LA FE
ASPECTOS TEOLÓGICOS

Conferencia de Mons. Ricardo Blázquez, obispo de Bilbao, en el Congreso teológico-pastoral de Valencia

1. «Os recuerdo, hermanos, el Evangelio»

«Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os proclamé y que vosotros recibisteis, y en el que estáis fundados, y que os está salvando, si es que lo conserváis como os lo proclamé. Si no, habríais creído en vano. Porque lo primero que yo os transmití, tal como lo había recibido, fue esto: Que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se apareció a Cefas y más tarde a los Doce. Pues bien, tanto ellos como yo, esto es lo que predicamos; esto es lo que habéis creído» (*1 Co* 15, 1-5. 11).

Para impugnar el error de algunos miembros de la comunidad de Corinto que negaban la resurrección de los muertos (v. 12), Pablo les recuerda autorizadamente, como su apóstol, la afirmación fundamental de la proclamación evangélica, a saber, el misterio pascual de Cristo muerto y resucitado. En este anuncio está el corazón del Evangelio. Los términos *transmitir, recibir* y *conservar,* que pertenecen al vocabulario rabínico, son aplicados por Pablo y los demás Apóstoles a la palabra viva del Evangelio, al kerigma, que vienen proclamando. Este anuncio es portador de salvación para cuantos lo acogen por la fe.

Cada cristiano, cada comunidad de fieles y cada generación se encuentran inmersos en la corriente vital de escucha del Evangelio, de participación en la gracia del Evangelio y de transmisión del mismo Evangelio, ya que somos oyentes de la Palabra, bene-

ficiarios de la Palabra y por naturaleza la Iglesia, y cada fiel cristiano en virtud del bautismo, somos misioneros. Este dinamismo del Evangelio recibido, conservado y anunciado es vital para la Iglesia; por eso, cuando la cadena viviente de recepción y transmisión se debilita seriamente se suscitan hondas inquietudes. Por esto se comprende que voces autorizadas nos recuerden que la «transmisión de la fe es la primera tarea y el primordial problema de la Iglesia en España»[1].

En la misma carta, a propósito de las asambleas de la comunidad para celebrar la Eucaristía, que entonces tenía lugar en el marco de una comida fraternal, pero donde se formaban grupos probablemente según las condiciones sociales en lugar de unirse y poner todo en común, Pablo corrige este proceder que dividía a la comunidad remitiendo también a la tradición como criterio de autenticidad evangélica: «Porque yo he recibido del Señor lo que a mi vez os he transmitido: el Señor Jesús, en la noche en que era entregado, tomó pan y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: "Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía"» (*1 Co* 11, 23-24). Pablo es ministro de una tradición, que él también ha recibido, según la cual la institución de la Eucaristía por Jesús en la última Cena constituye el espejo del amor y de la entrega entre los discípulos. En conexión con el carácter de «memorial», que es la Eucaristía, se subraya la fidelidad a lo que Jesús dijo e hizo. No sólo la predicación del Evangelio, sino también la celebración de la Eucaristía, es contenido de tradición, de la *paradoxis*, que se remonta al mismo Jesús y nos es asegurada por sus testigos autorizados. El Evangelio

1 «Hemos pasado de las cuatro instancias formativas tradicionales de carácter personal (la familia, la escuela, la lectura y la Iglesia) a otras de carácter anónimo (la televisión, la calle, la música y la noche)» (O. GONZALEZ DE CARDEDAL, *La Iglesia en España*, 1950-2000, Madrid 1999, pp. 401 ss); cf. J. Martín VELASCO, *La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea*, Santander 2002.

anunciado con palabras y hechos, ya que no sólo el kerigma sino también la celebración eucarística es proclamación de la muerte del Señor hasta su venida (cf. *1 Co* 11, 26), ha sido transmitido y recibido, y debe ser oral y realmente con fidelidad conservado: Recordar el Evangelio y celebrar el memorial del Señor significan reconocimiento de Jesucristo nuestro Salvador, movilizan nuestra vida a la fidelidad, nos protegen de posibles olvidos e impiden que otras formas de pensar y de vivir se asienten en nuestro espíritu (cf. *1 Tm* 6, 20; *2 Tm* 1, 14).

El Evangelio no es invención de los hombres ni es tampoco fruto de la reflexión humana; procede del amor de Dios, y por ello es buena noticia de salvación para los hombres. La conciencia eclesial de la tradición cristiana se fue consolidando en medio de la historia con la expansión del Evangelio y con la necesidad de custodiarlo en su pureza. Pablo buscó siempre contrastar la identidad de la misión y del Evangelio recibidos directamente del Señor (cf. *Ga* 1, 1.12) con el Evangelio transmitido en la Iglesia y que se remonta a los testigos del Resucitado, «para ver si había corrido en vano» (cf. *Ga* 2, 2). «Recurre frecuentemente en sus cartas a la tradición, incluso en los términos técnicos de los rabinos *paralambánein* (recibir)- *paradidónain* (entregar), tanto en relación con el kerigma como con la ética y la disciplina eclesial (cf. *1 Ts* 2, 13; 4, 1; *2 Ts* 2, 15; 3, 6; *Ga* 1, 9; *1 Co* 11, 2.13; 15 ss; *Rm* 6, 17; *Flp* 4, 9; *Col* 2, 6)»[2]. Pablo desconoce la oposición entre el Evangelio y la tradición que procede del Señor, en que se anuncia el acontecimiento escatológico de la salvación de Dios en Jesucristo.

2 F. MUSSNER, *Tradítíon*. II. In der Schrift: LTK 10, cols. 291-292. «San Pablo ha hecho de los actos correlativos de transmitir y recibir, y también de conservar, es decir, del principio mismo de tradición, la ley constructiva de las comunidades cristianas, por virtud del ministerio apostólico -o procedente de los Apóstoles-, hasta el punto de que puede considerársele a san Pablo como el teólogo de la tradición» (Y. CONGAR, *La tradición y las tradiciones*, I, San Sebastián 1964, p. 25).

¿En qué consiste el Evangelio? El núcleo del Evangelio, vimos arriba, es la muerte de Jesús por nuestros pecados y la resurrección al tercer día, según las Escrituras. Jesús en persona es el Evangelio, la buena noticia de Dios, el Salvador de los hombres. A la luz de la historia de la Iglesia se puede afirmar que «el Evangelio es Jesucristo»[3]. Jesús es el Evangelio de Díos en el contexto histórico-salvífico en que existe y es comprendido. Jesús es el Mesías prometido por Dios a Abraham y a su descendencia, e incluso a Adán y a todos los vivientes (cf. *Mt* 1, 1 ss; *Lc* 3, 23 ss). Jesús anunció el reino de Dios como la buena noticia de la paz para todos (cf. *Hch* 10, 34 ss); murió perdonando a quienes lo crucificaban y en realidad ofreciendo el perdón a todos los hombres; resucitado por Dios, envió a los discípulos para que anunciaran el Evangelio a toda la creación (cf. *Mc* 16, 15)[4].

3 Y. CONGAR, *La tradición y las tradiciones* II, San Sebastián 1964, p. 62: «Basándonos en algunos sondeos y en investigaciones parciales hechas en la historia, creemos poder concluir... que ha permanecido en el sentimiento general que el Evangelio es Jesucristo. Hay Evangelio cuando Jesucristo está presente y actúa para comunicar la vida». A este tomo se refieren las citas posteriores.

4 El decreto del concilio de Trento sobre la tradición (8 de abril de 1546) coloca el Evangelio en el centro de su propósito. Con tres momentos: prometido por los profetas en las sagradas Escrituras; promulgado con sus labios por nuestro Señor Jesucristo; encomendado a los Apóstoles para ser predicado a toda criatura (cf. *Mt* 16, 15) como fuente de la tradición apostólica. Cf. *DS* 1501. *Dei Verbum*, 7. Y. CONGAR, *La tradición y las tradiciones*, pp. 60 ss. J. RATZINGER (con KARL RAHNER), *Revelación y tradición*, Barcelona 1970, pp. 54 ss. El texto siguiente de san Atanasio recuerda también las diversas etapas. «Siempre será provechoso esforzarse en profundizar el contenido de la antigua tradición, de la doctrina y fe de la Iglesia católica, tal como el Señor nos la entregó, tal como la predicaron los Apóstoles y la conservaron los santos Padres. En ella, efectivamente, está fundamentada la Iglesia, de manera que todo aquel que se aparta de esta fe deja de ser cristiano y ya no merece el nombre de tal» (SAN ATANASIO, *Carta primera a Serapión*, 28: *PG* 26, col. 594). Según el padre Congar (p. 72), la noción de Evangelio invocada por el concilio de Trento tiene como referencia *Rm* 1, 1-6. 15-17. El Evangelio, prometido por Dios en las sagradas Escrituras y anunciado por su Hijo, es

El Evangelio, que se condensa en Jesucristo, procede de Dios, que es su fuente. Dios, movido por amor, nos ha hablado a los hombres como a amigos, se nos ha revelado y comunicado, nos acompaña diariamente y nos invita a la comunión con él en el amor y la verdad.

La creación contemplada con espíritu abierto trae noticia de su autor; el universo es cómo un libro donde el hombre puede leer un mensaje del mismo Dios. No sólo el cielo estrellado tiene una ley; también Dios en el corazón del hombre ha inscrito una ley que no se ha dado él a si mismo y que, si la escucha, se convierte en norte seguro para recorrer el camino de la vida. La creación tiene como «primogénito» a Jesucristo (cf. *Col* 1, 12-20; *Jn* 1; 1 ss).

Jesús es la plenitud de la revelación de Dios en la creación y en la historia; es el sí irrevocable de Dios a sus promesas (cf. 2 Co 1, 20). Con los siguientes términos lo enseña el concilio Vaticano II en la constitución sobre la divina revelación: «Dios habló a nuestros padres en distintas ocasiones y de muchas maneras por los profetas. "Ahora en esta etapa final nos ha hablado por el Hijo" (*Hb* 1, 1-2). Pues envió a su Hijo, la Palabra eterna, que alumbra a todo hombre, para que habitara entre los hombres y les contará la intimidad de Dios (cf. *Jn* 1, 1-18). Jesucristo, Palabra hecha carne, "hombre enviado a los hombres", habla las palabras de Dios (*Jn* 3, 34) y realiza la obra de la salvación que el Padre le encargó (cf. *Jn* 5, 36; 17, 4). Por eso, quien ve a Jesucristo, ve al Padre (cf. *Jn* 14, 9); él, con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y

fuerza de Dios para todo el que cree (v. 16); coinciden Palabra de verdad y Evangelio de la salvación (cf. *Ef* 1, 13; *Col* 1, 5). «El Evangelio no es principalmente un texto escrito, sino el poder que obra la salvación, la manifestación y la expresión de la gracia». A través del Evangelio proclamado como anuncio gozoso por Jesús Dios mismo viene a nuestro encuentro y se autocomunica a nosotros en el doble sentido de la palabra, a saber, se nos manifiesta y se nos entrega.

gloriosa resurrección, con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con testimonio divino; a saber, que Dios está con nosotros para librarnos de las tinieblas del pecado y de la muerte y para hacernos resucitar a una vida eterna. La economía cristiana, por ser la alianza nueva y definitiva, nunca pasará; ni hay que esperar otra revelación pública antes de la gloriosa manifestación de Jesucristo nuestro Señor (cf. *1 Tm* 6, 14; *Tt* 2, 13) »[5].

La manifestación y comunicación de Dios acontecen en la historia de la humanidad; de manera correlativa, la fe de cada creyente y del pueblo de Dios está marcada por la historicidad. El Evangelio transmitido es recibido a través de la fe por un sujeto viviente; Dios y el hombre se encuentran[6]. Pues bien, en medio de la historia el acontecimiento de Jesús no es sólo singular e irrepetible como todo acontecimiento histórico, sino que es además acontecimiento escatológico, es decir definitivo, lo cual implica plenitud de lo anterior y garantía irrevocable de Dios para el futuro. La «hora» de Jesús es la hora de Dios de manera única. En esta etapa final nos ha hablado por su Hijo; antes lo hizo numerosas veces por sus siervos. Antes nos comunicó mensajes parciales, ahora nos ha entregado su Palabra entera, que no tiene otra ni debemos esperar otra, como escribió bellamente san Juan de la Cruz. Porque la manifestación de Jesús es histórica y escatológica, quienes lo acompañaron desde Galilea son cauce obligado de la noticia histórica de Jesús; y por haberlo visto resucitado son además testigos singulares autorizados para anunciar a Jesús como el Salvador (cf. *Hch* 10, 37-43).

5 *Dei Verbum*, 4.

6 «Si la fe, o la realidad inicial de la salvación, se transmite, también, en sentido estricto, se *recibe*. En sentido estricto: esto quiere decir que hay un *sujeto* receptor de la fe (de la salvación) y que este sujeto es activo al recibirla. De este modo, la tradición no será solamente transmisión, y a continuación recepción pasiva y mecánica; incluye además la realidad de una verdad salvífica en una conciencia» (Y. CONGAR, *o.c.*, p. 37).

A través de dos expresiones subraya el Nuevo Testamento la singularidad de Jesús: es la novedad prometida y es *efápax*. La alianza que Dios sella con los hombres en la sangre de Jesucristo es la «nueva» alianza (cf. *1 Co* 11, 25; *Jr* 31, 31 ss); viniendo Jesús, el Hijo de Dios encarnado, que es la novedad absoluta, todo en relación con él se convierte en nuevo: vida nueva, por el bautismo, nuevo pueblo de Dios, nuevo templo en el Espíritu Santo, mandamiento nuevo del amor, etc.[7]. La otra expresión, «efápax» significa «una vez para siempre». «En el Nuevo Testamento es término técnico para indicar el carácter único, y consiguientemente definitivo, de la muerte de Cristo y de la redención por ella»[8]. En esta expresión «una sola vez por todas» se incluyen la unicidad, la exclusividad y la universalidad; es decir, sólo Cristo es el único Salvador de todos los hombres. En la confesión de Cristo como el Mesías de Israel y el Prometido por Dios para la salvación de todos los hombres se incluye, consiguientemente, el mandato misionero (cf. *Mt* 28, 18-20) y la obligación sagrada de evangelizar, de transmitir el don recibido para que a otros llegue la salvación de Dios en Cristo (cf. *1 Co* 9, 16).

En el resumen del kerigma, que nos recuerda Pablo en *1 Co* 15 de donde hemos partido, dos veces se indica «según las Escrituras», a saber, Jesús murió por nuestros pecados según las Escrituras, y resucitó al tercer día según las Escrituras. Aunque Pablo no aduce testimonios concretos de las Escrituras, es decir, del Antiguo Testamento, y se podría recordar por ejemplo a *Is* 53, 8-9 y Os 6, 2, pretende más bien afirmar que la muerte y la resurrección de Jesús no fueron casuales ni hechos privados, sino acontecimientos salvíficos, previstos en el plan de Dios expresado, por escrito en el Antiguo Testamento (cf. *Lc* 24, 25-27. 44-48). Esto significa que en el Evangelio predicado por los Apóstoles, después de ha-

7 J. BEHM, *Kainós:* TWNT III, pp. 451s.

8 G. STÄHLIN, *Efápax:* TWNT 1, p. 382. Cf. *Rm* 6, 10; 6, 3; *Hb* 6, 4; 7, 27; 9, 12; 10, 10.

berse encontrado con Jesús vencedor de la muerte infligida por nuestros pecados, ha tenido lugar una interpretación cristológica de la sagrada Escritura y de la historia salvífica de Dios con Israel. A la luz de Jesús constituido Señor y Cristo (cf. *Hch* 2, 36), se relee el Antiguo Testamento. Jesucristo es la llave con la cual se abren a la Iglesia las Escrituras. Recordemos, por ejemplo, cómo nosotros, renacidos por el bautismo, en la Vigilia pascual escuchamos los relatos de la creación, del sacrificio de Abraham, del paso por el mar Rojo, etc., a la luz de la fe en Jesucristo resucitado, simbolizado en el cirio pascual colocado junto al ambón desde el que es proclamada la palabra de Dios. Los escritos del Nuevo Testamento irán surgiendo en el itinerario misionero de la Iglesia, unas veces ocasionalmente y otras con un propósito más amplio. Como expresiones de esta misma clave cristológica y eclesial de interpretación escriturística nacieron las reglas de la fe y los símbolos de la fe, que son resúmenes y como precipitado de lo anunciado por la predicación de los Apóstoles y lo creído y compartido por la Iglesia en su vinculación con Cristo y en su separación de las posturas religiosas de los paganos, judíos o herejes nacidos en el interior de la misma Iglesia. El vigor en la profesión de la fe capacita a los fieles cristianos para anunciarla y también para denunciar sus tergiversaciones. Por esto, la despreocupación ante los peligros de contaminar la pureza de la fe, la indiferencia por su profesión íntegra y cabal, y no digamos el relativismo ante la verdad de la fe cristiana y ante la verdad sobre Dios, el hombre y el mundo, son enfermedades que producen anemia y marasmo en los cristianos y en la Iglesia. El «canon» de los escritos del Nuevo Testamento se basa también en la interpretación eclesial de la anchura, altura y profundidad del acontecimiento de Jesucristo[9].

9 «Cristo y la predicación apostólica son el punto de partida para el nacimiento del canon bíblico». Además de otros criterios externos e internos, «la recepción del Antiguo Testamento cristiano y de cualquier escrito del Nuevo Testamento como Escritura canónica en las comunidades eclesiales fue de

2. La Iglesia recibe y transmite el Evangelio

La fe en Jesucristo resucitado, presente en la Iglesia, es la clave de los Evangelios, en que sus autores narran lo referente a Jesús «investigado diligentemente» y «transmitido por los que desde el principio fueron testigos oculares y servidores de la Palabra» (cf. *Lc* 1, 2-3). No hemos encontrado casualmente los Evangelios como unos libros de ocasión, los hemos recibido en la tradición viviente de la Iglesia. En estos relatos se han unido inseparablemente los recuerdos de la historia de Jesús, la fe de sus autores partícipes en la vida de la Iglesia y la intención evangelizadora. De estos libros singulares no podemos separar, como por una electrólisis de laboratorio, la historia de Jesús y la fe de la Iglesia en cuyo ámbito es aquella transmitida, ya que al final, como han terminado todos los intentos de este estilo, habríamos reconstruido no al Jesús que fue sino a un Jesús a nuestra imagen y semejanza, según las modas y aspiraciones del tiempo. Tampoco podemos desarraigar a Jesús de la historia, ya que es el Hijo de Dios encarnado; por ejemplo, el conocimiento cada vez más preciso de las coordenadas espacio-temporales en que vivió Jesús repercute positivamente en el conocimiento de sus palabras, de sus hechos y de su existencia entera.

Pedro confesó a Jesús como el Mesías (cf. *Mt* 16, 16) no porque con un chispazo de su inteligencia o un golpe de genio hubiera penetrado en la identidad última de aquel a quien tantas veces había escuchado y visto actuar, sino porque el Padre del cielo se lo reveló. Porque Jesucristo mora por la fe en nuestros corazones (cf. *Ef* 3, 17 s), lo conocemos y este conocimiento se convierte en «fuente de la que dimana la firmeza y la comprensión de todas

hecho el criterio práctico decisivo para considerar esos libros como canónicos» (J.M. SÁNCHEZ CARO, *El canon de la Biblia, Introducción al estudio de la Biblia. 2. Biblia y Palabra de Dios,* Estella [Navarra] 1990, 2a edición, pp. 111 y 116).

las sagradas Escrituras. Por esto, es imposible penetrar en el conocimiento de las Escrituras si no se tiene previamente infundida en sí la fe en Cristo, la cual es como la lámpara, la puerta y el fundamento de toda la Escritura»[10].

«La fe, que ha sido transmitida a los santos, de una vez para siempre» (*Judas* 3), es no sólo la llave para comprender las Escrituras, sino también la luz para reconocer y encontrar a Jesucristo en todas sus páginas. Si escudriñamos las Escrituras hallaremos en ellas el testimonio sobre Jesús, ya que hablan de él (cf. *Jn* 5, 39). Consiguientemente, ignorar las Escrituras es ignorar a Jesucristo, según expresión feliz de san Jerónimo. Por tanto, en la transmisión de la fe y del Evangelio ocupan las sagradas Escrituras un puesto insustituible y primordial, ya que Jesús es el centro y el fin de las mismas (cf. *Jn* 1, 45; 2,22; 5,46; 8,56; 12,16.41; 19, 28. 36; 20, 9).

El bautismo y la tradición de la fe están estrechamente unidos, ya que la fe que el catecúmeno profesa en el bautismo es una fe transmitida y comunicada. Durante el catecumenado el bautizando va aprendiendo de la Iglesia madre a creer, vivir como cristiano y a invocar a Dios como Padre. En el proceso de preparación al bautismo hay una celebración en que se entrega al bautizando el credo (*traditio symboli*) y, una vez identificado vitalmente con él, lo devuelve (*redditio symboli*), es decir, lo profesa ante la Iglesia. El bautismo es el sello sacramental de la fe cristiana, de la conversión a Dios, de la incorporación a Jesucristo muerto y resucitado, y de la entrada a formar parte de la Iglesia como familia de los hijos e hijas de Dios.

A la Iglesia entera ha confiado el Señor el Evangelio; y ella es el sujeto que lo ha recibido, que lo escucha sin cesar para su exhor-

10 SAN BUENAVENTURA, *Prólogo al Breviloquio*, 2: *Obras Completas* I, Madrid 1968, p. 157.

tación, que lo custodia con fidelidad y que debe transmitirlo. En el encargo de proclamar el Evangelio todos los cristianos podemos y debemos participar; nadie debe estar ocioso ni sentirse prescindible o sobrante; en esta tarea ningún creyente está solo, sino en la comunión de la Iglesia. Nadie es espontáneo, sino enviado por el mismo Señor. Hemos venido a la fe a través de la Iglesia y todos unidos, presididos por los pastores, participamos en la misma fe. La vida entera de la comunidad se debe convertir en llamada y anuncio (cf. *Hch* 2, 42 ss). Dentro de la Iglesia, que es como un cuerpo, cada cristiano y grupo de cristianos reciben una gracia y una vocación específica en orden a vivir y transmitir el Evangelio: los laicos, que en la familia y en otras actividades temporales aspiran a que el Evangelio sea levadura; los contemplativos, que con la luz del Espíritu van siendo íntimamente enseñados; los teólogos, que con su trabajo paciente y esforzado ayudan a los demás cristianos en la inteligencia de la fe en medio de las diversas situaciones culturales. A los sucesores de los Apóstoles ha encomendado el mismo Señor el ministerio de interpretar auténticamente la palabra de Dios, no como dueños del Evangelio, sino "a su servicio, para enseñar no otra cosa que lo transmitido, pues por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, (el Magisterio) lo escucha devotamente, lo custodia celosamente, lo explica fielmente; y de este depósito de la fe saca todo lo que propone como revelado por Dios para ser creído"[11].

Los sucesores de los Apóstoles, presididos por el sucesor de Pedro, han recibido el encargo, conferido sacramentalmente, de custodiar la tradición apostólica, de mantener la identidad del Evangelio en el discurrir de la historia y de unir a la Iglesia como una comunión en la fe, en el amor y en la misión. La sucesión apostólica garantiza con la asistencia del Espíritu Santo la verdad del Evangelio, proclamado una vez para siempre por nues-

11. *Dei Verbum*, 10.

tro Señor Jesucristo y recibido por la Iglesia apostólica, frente a la disolución del mismo en la gnosis, que apeló y apela a revelaciones secretas, y frente a otros riesgos de tergiversación. Lo cual significa que la palabra de Dios es avalada por los testigos primordiales enviados por el Señor, a los cuales es particularmente obligada la fidelidad. La sucesión apostólica, verificada en la comunión con la Iglesia de Roma, es el criterio de permanencia de cada Iglesia en la tradición común apostólica[12].

Las reacciones que en algunos sectores de la opinión pública han aparecido a propósito del Evangelio de Judas, cuya noticia del descubrimiento y publicación se hizo coincidir intencionadamente con la Semana santa, han sido con frecuencia preocupantes. Por una parte, se ha pasado por alto que este evangelio apó-

---

12 Cf. J. RATZINGER, *Tradition.* III Systematisch: LTK 10, cols. 294-295. En otros escritos Ratzinger desarrolla con gran penetración la relación entre sacramento, palabra y oficio eclesial frente a la concepción protestante, según la cual el Evangelio puramente enseñado y los sacramentos rectamente celebrados son independientes frente a la Iglesia. Escribió el teólogo, actualmente Benedicto XVI: «Pero la palabra se apoya en la misión y se destina al oír, escuchar y obedecer (cf. *Rm* 10, 14 ss). Esta reciprocidad de palabra, misión, escucha y obediencia liga la palabra al servicio, como el servicio está ligado a la edificación del cuerpo de Cristo. No hay, pues, independencia de la palabra frente a la Iglesia, sino que la palabra tiene su puesto en la estructura de misión y servicio» (*El oficio espiritual y la unidad de la Iglesia: El nuevo pueblo de Dios*, Barcelona 1972, p.126). La palabra de Dios vive en la Iglesia, y la Iglesia vive de la palabra; entre ambas hay mutua referencia. «La palabra no se da sin el oficio: está ligada a los testigos, a la autoridad y a la misión. No existe una palabra hipostasiada y subsistente por sí misma» (p. 131). «No sólo la palabra está ligada al testigo, sino que el testigo sólo lo es en cuanto que se siente ligado a la palabra» (p. 134). Esta estructura católica es avalada por la misma Escritura. «De los tres componentes: sacramento, palabra y oficio, el tercero es de carácter distinto de los dos primeros: Los dos primeros *fundan* la unidad, el tercero la *atestigua*» (p. 135). «Por este orden y sucesión ha llegado hasta nosotros la tradición que inició con los Apóstoles y esto muestra plenamente que la única y misma fe vivificadora que viene de los Apóstoles ha sido conservada y transmitida en la Iglesia hasta hoy» (SAN IRENEO, *Adversus haereses*, III, 3, 3: *PG* 7, 851).

crifo se conocía entre otras referencias por una de san Ireneo a finales del siglo II, y es probablemente un manuscrito copto del siglo IV; además, se ha llegado a afirmar que el Evangelio de Judas obliga a revisar todo lo que sabíamos de Jesús; incluso se ha manifestado una «predisposición a admitir que el cristianismo transmitido por la Iglesia ha ocultado cosas importantes y que la historia se ha deformado, no en detalles menores, sino en los fundamentos mismos en que se basa la propia institución eclesiástica»[13]. Esta desconfianza puede transparentar, como sugiere el autor, una escasa credibilidad en la Iglesia, que afectaría a la transmisión del Evangelio; pero, más allá de la estima social mayor o menor, se dirige al corazón mismo de la tradición apostólica. Se le disputaría a la Iglesia la lealtad en custodiar la memoria de Jesús y se pretendería arrancar de sus manos y de su corazón este tesoro que la identifica como tal.

La cuestión fundamental es la siguiente: ¿Dónde hallamos al Jesús auténtico? ¿Fueron los herederos legítimos de Jesús los judíos que lo rechazaron y persiguieron? ¿Acaso lo serían los romanos, que sólo se ocuparon de él cuando lo estimaron como un peligro político en la situación conflictiva del tiempo de Poncio

13 R. AGUIRRE. *Lo de Judas y sus circunstancias: El Correo*. Domingo, 7 de mayo de 2006. Algunos han creído y querido encontrar en la novela de DAN BROWN *El Código Da Vinci* la verdadera historia del cristianismo y la clave para desenmascarar los encubrimientos interesados de la Iglesia católica; de esta manera han convertido la ficción en realidad. El autor ha conseguido -fuera o no su intención, al menos así ha sido recibido su escrito-, proponer una re-construcción del pasado que re-define el papel de la religión mayoritaria en Occidente. «Esta re-construcción tiene el efecto de borrar uno de los elementos que configuran la identidad colectiva de las sociedades occidentales: sus raíces cristianas. Si e1 cristianismo fue una invención, entonces podemos prescindir de él a la hora de construir nuestra identidad como sociedad emancipada de toda tutela» (S. GUIJARRO, *¿Es verdad lo que dice el Código Da Vinci?: Vida Nueva*, n. 2522, 10 de junio de 2006, p. 30). Este impulso que socava la tradición cristiana puede verse reforzado por la crisis del concepto de tradición en general que caracteriza nuestra situación cultural.

Pilato, procurador de Roma en Judea, que mandó crucificarlo? ¿Se puede confiar en la reconstrucción subjetiva que cada historiador puede hacer de Jesús y que de hecho se ha realizado mil veces terminando en un gran fracaso, como reconoció su extraordinario historiador A. Schweitzer? ¿Debemos esperar a que este escrito, por otra parte muy magro y ya considerado en la historia como el Evangelio de Judas, o cualquier novela pretendidamente histórica nos dé la pista para encontrar al Jesús auténtico? ¿No serán los herederos legítimos de Jesús los discípulos que lo siguieron, que, aunque a veces dudaron de él y por algún tiempo lo abandonaron, al fin lo reconocieron definitivamente como su Señor, vivieron a la luz de su mensaje, lo amaron profundamente, lo anunciaron como el Salvador y padecieron por su fe en él hasta el martirio? No sólo las noticias históricas sobre Jesús están contenidas en los Evangelios, de modo que si prescindiéramos de ellos apenas sabríamos nada sobre él, sino que además Jesús y la Iglesia están unidos por una relación más honda, pues sólo a la Iglesia confió Jesús su Evangelio. El Jesús vivo se halla en la Iglesia existente a lo largo de la historia y actualmente viva; sólo ella está en conexión ininterrumpida con Jesucristo, a quien reconoce como Hijo de Dios y Salvador, a quien cree, ama, sigue y anuncia.

Jesús y la Iglesia están unidos por una relación más honda, pues sólo a la Iglesia confió Jesús su Evangelio.

Frente a intentos de apropiación del Evangelio por parte de personas y grupos extraños desposeyendo a la Iglesia de él, ya nos puso en guardia Tertuliano y nos proporcionó en un escrito precioso y característico de su teología jurídica los recursos para responder teológicamente. El punto de partida es Jesucristo, «el testigo fiel» (*Ap* 1, 5) y primer evangelizador que Dios Padre nos

envió. Él enseñó durante su vida terrena cuál es el designio del Padre, al tiempo que iba formando a los discípulos. Después de su resurrección, los envió para que hicieran discípulos de todas las naciones, fortaleciéndolos con el poder del Espíritu Santo[14].

14 «La tradición es la historia del Espíritu que actúa en la historia de la Iglesia a través de la mediación de los Apóstoles y de sus sucesores, en continuidad fiel con la experiencia de los orígenes» (BENEDICTO XVI, *Catequesis* del 3 de mayo de 2006). «Fueron por el mundo para proclamar a las naciones la misma doctrina y la misma fe. De modo semejante, continuaron fundando Iglesias de cada población, de manera que las demás Iglesias fundadas posteriormente, para ser verdaderas Iglesias, tomaron y siguen tomando de aquellas primeras Iglesias el retoño de su fe y la semilla de su doctrina. Por esto también aquellas Iglesias son consideradas apostólicas, en cuanto que son descendientes de las Iglesias apostólicas. Es norma general que toda cosa debe ser referida a su origen. Y, por esto, toda la multitud de Iglesias son una con aquella primera Iglesia fundada por los Apóstoles, de la que proceden todas las otras. En este sentido son todas primeras y todas apostólicas, en cuanto que todas juntas forman una sola. De esta unidad son prueba la comunión y la paz que reinan entre ellas, así como su mutua fraternidad y hospitalidad. Todo lo cual no tiene otra razón de ser que su unidad en una misma tradición apostólica. El único medio seguro de saber qué es lo que predicaron los Apóstoles, es decir, qué es lo que Cristo les reveló, es el recurso a las Iglesias fundadas por los mismos Apóstoles, las que ellos adoctrinaron de viva voz y, más tarde, por carta» (*Tratado sobre la prescripción de los herejes*, 20, 1-9; 21, 3; 22, 8-10: *CCL* 1, 201-204). Escuchando a las Iglesias unidas a través de la sucesión con el origen apostólico y en la comunión actual que mantienen entre sí, podemos responder a la pregunta dónde se encuentra la herencia de Jesucristo y sus legítimos herederos. En el litigio entre la Iglesia y sus adversarios sobre las Escrituras, estos ni siquiera pueden hacer uso de ellas porque no son suyas; pertenecen a la Iglesia. Hay una «prescripción» a favor de la Iglesia que elimina los posibles argumentos de los oponentes a partir de las Escrituras. Cf. Y. CONGAR, *La tradición y las tradiciones, o.c.*, p. 27. La relación entre la Biblia y la Iglesia debe ser tenida en cuenta y explicada por los exegetas. «La Biblia ha llegado a la existencia en las comunidades creyentes. Ella expresa la fe de Israel; luego, la de las primeras comunidades cristianas. Unida a la Tradición viva, que la precede, la acompaña y la nutre (cf. . *Dei Verbum*, 21) es el medio privilegiado del cual Dios se sirve para guiar, aún hoy, la construcción y el crecimiento de la Iglesia, en cuanto pueblo de Dios» (Pontificia Comisión Bíblica, *La interpretación*

El Espíritu Santo interviene constitutivamente en la revelación y en su transmisión por la Iglesia; a lo largo de todo el recorrido del Evangelio actúa el Espíritu Santo: Con el envío del Espíritu de la verdad Jesucristo lleva a plenitud la revelación (cf. *Jn* 14, 16-17.25-26; 16, 12-15); y con el poder del Espíritu fueron constituidos los Apóstoles testigos de Jesucristo (cf. *Hch* 1, 8; *Jn* 15, 26-27). Según muestran los Hechos de los Apóstoles, el Espíritu Santo va guiando la misión de la Iglesia: Desciende con signos elocuentes en Pentecostés (*Hch* 2, 4); en la conversión de Cornelio interviene de manera insospechada (cf. *Hch* 10, 44; 11, 15); el Espíritu elige a Bernabé y a Pablo para una misión especial (cf. *Hch* 13, 2); en unos lugares les cierra la puerta a la evangelización y en otros les abre horizontes misioneros; los Apóstoles y el Espíritu concuerdan en el testimonio (cf. *Hch* 5, 32) y deciden conjuntamente cómo actuar en la delicada cuestión de los cristianos procedentes del paganismo (cf. *Hch* 15, 28); conduce a Pablo con indicaciones y presentimientos (cf. *Hch* 20; 22-23), etc. El Espíritu Santo acompaña a la Iglesia en la progresiva comprensión de la tradición apostólica; los libros santos han sido escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo; la incorporación de nuevos miembros al Colegio episcopal como sucesores de los Apóstoles para acreditar en comunión con los demás obispos el Evangelio acontece en el sacramento de la ordenación, que es obra de Dios por Jesucristo en el Espíritu Santo; el magisterio pastoral cumple a favor de la Iglesia el ministerio de testificar e interpretar auténticamente la palabra de Dios con la asistencia del Espíritu Santo. El Evangelio transmitido de tantas formas en el concierto de la comunión eclesial es recibido por la fe, a través de la cual la persona con el auxilio del Espíritu Santo se entrega entera y libremente a Dios. Me parece oportuno recordar en este contexto una bella estrofa de un himno litúrgico de Pentecostés: «Llama profunda/ que escrutas e iluminas/ el corazón del hombre:/ restablece la fe con tu noticia/, y el amor ponga en vela la esperanza/ hasta que el Señor vuelva».

El Espíritu Santo recuerda e ilumina la manifestación de Jesús, actualiza los hechos salvíficos, ensancha la comprensión de lo transmitido por la fe, universaliza lo concreto de la historia de Jesús, apropia la verdad del Evangelio a cada uno. Por obra del Espíritu la misión no es propaganda sino acontecimiento de conversión y de fe; abre los ojos del espíritu del hombre; aposenta la palabra de Dios en el corazón de los que escuchan. El Espíritu Santo es presentado como maestro (cf. *Jn* 14, 26) durante el tiempo de la Iglesia, después de haber concluido el tiempo de Jesús. ¿En qué consiste la novedad de la etapa del Espíritu en la Iglesia? El Espíritu Santo no es simple repetidor ni aporta revelaciones distintas. Su actuación va en la línea de actualizar e iluminar la palabra de Jesús. Existe «novedad sobre la base de lo ocurrido en el pasado; proclamación actual sobre la base de lo transmitido; actualización sobre la base de la tradición; actuación del Espíritu sobre la base de lo dicho y hecho por Jesús»[15].

3. María y la Iglesia al servicio de la Palabra

Frecuentemente se ha puesto de relieve el paralelismo que existe entre el relato de la infancia de Jesús según el evangelio de Lucas y el relato de los Hechos de los Apóstoles, que podemos llamar el evangelio de la infancia de la Iglesia (cf. *Lc* 1, 80; 2, 40.52 y *Hch* 2, 41; 6, 7, con las respectivas notas en la Biblia de Jerusalén). María recibe por el poder del Espíritu en su corazón y en su vientre la Palabra de Dios y proclama en la montaña de Judea las maravillas que ha realizado en ella el Todopoderoso.

de la Biblia en la Iglesia, Roma 1993, p. 96. Cf. discurso de Juan Pablo II, página 12).

15 F. FERNÁNDEZ RAMOS, *Comentario al Evangelio de san Juan: Comentario al Nuevo Testamento* III, Madrid 1995, 3ª edición, p.315. «Es posible referir a Cristo la tradición como transmisión de un depósito constituido de una vez para siempre, trascendente al tiempo, y referirla también al Espíritu Santo en cuanto que ella se interioriza y actualiza en los fieles en el curso de la historia» (Y. CONGAR, *La tradición y las tradiciones*, o.c., p. 53).

Los Apóstoles, reunidos en el Cenáculo, recibieron, según la promesa de Jesús, la fuerza del Espíritu Santo y comenzaron a anunciar con valor la salvación de Dios en la muerte y resurrección del Señor. María y la Iglesia están al servicio de la Palabra, que escuchan, conservan en el corazón, cumplen y anuncian. El concilio Vaticano II se refiere también a esta semejanza entre María y la Iglesia. «Fue en Pentecostés cuando empezaron los "hechos de los apóstoles", del mismo modo que Cristo fue concebido cuando el Espíritu Santo vino sobre la Virgen María» (*Ad gentes*, 4; cf. *Lumen gentium*, 59). Tanto María como la Iglesia reciben y proclaman el Evangelio, la palabra de Dios, con la fuerza del Espíritu Santo.

Transmitir el Evangelio significa proclamar con obras y palabras a Jesús en persona como la buena noticia que nosotros hemos recibido y deseamos que llegue a todos los hombres, en su vida personal, familiar y social

¿De qué se trata en la transmisión de la revelación divina, en la transmisión del Evangelio o en la transmisión de la fe, según aparece enunciado en nuestro encargo? Con varias expresiones decimos en realidad lo mismo. Transmitir el Evangelio significa proclamar con obras y palabras a Jesús en persona como la buena noticia que nosotros hemos recibido y deseamos que llegue a todos los hombres, en su vida personal, familiar y social, a los niños, adolescentes, jóvenes y adultos y a cuantos han ido creciendo más o menos al margen de la fe y de la Iglesia. Con el tesoro recibido, queremos enriquecer a otros, porque estamos convencidos de que la fe es un regalo inestimable.

Transmitir fa fe es hacer partícipes de la gracia de la palabra de Dios a cuantos están abiertos al Evangelio, a cuantos buscan y no encuentran, a cuantos desesperan y han perdido la confianza, a cuantos al menos en apariencia no muestran interés por Dios. La fe, que deseamos comunicar, es la respuesta a la revelación de Dios y al Evangelio, en que podemos sintetizarla. La fe es inseparablemente gracia de Dios que proviene de su amor y respuesta del hombre libre bajo la atracción del Espíritu Santo. La fe es actitud profunda y reconocimiento de la verdad revelada por Dios; implica sinceridad del corazón, profesión de los labios y obras de vida nueva. La fe es hondamente personal y al mismo tiempo eclesial. La fe ha sido descrita por un extraordinario conocedor de su teología de la manera siguiente: «La fe aparece (en el Antiguo y Nuevo Testamento) como la respuesta total del hombre a la palabra salvífica de Dios. En la totalidad humana de este acto se descubren los aspectos siguientes: conocimiento-confesión de la acción salvífica de Dios en la historia, entrega confiada y sumisión a su palabra, comunión de vida con Dios ya ahora en el mundo, orientación escatológica de la existencia (la fe mira siempre al futuro de Dios»[16]. Porque Dios ha cumplido definitivamente sus promesas en Cristo, la fe cristiana subraya la dimensión de confesión y asentimiento; ante todo, reconocemos lo acontecido ya en Jesucristo, de donde brota también la esperanza. Los cristianos hemos hallado el sí de Dios en Jesucristo; en quien Abraham a distancia se regocijó pensando en su día (cf. *Jn* 8, 56; *Hb* 11, 13).

A través de la transmisión de la fe y del Evangelio queremos que Jesús nazca en el corazón de los hombres. Sin María, la Virgen

16 J. ALFARO, *Esistenza cristiana*, Roma 1975, p. 11. La transmisión de la fe implica inseparablemente el sí confiado y obediente a Dios, la entrega personal a él *(fides qua)*, y la aceptación de los contenidos de la revelación *(fides quae)* que nos comunica (cf. H. DE LUBAC, *La fe cristiana*, Madrid 1970, pp. 135 ss).

Madre de Jesús, que es en persona el reino de Dios que viene con la fuerza de su amor, el Evangelio y la Palabra definitiva de Dios, no transmitiremos la fe a los niños, ni se reavivará la fe mortecina, ni seremos discípulos y testigos del Señor, ni nuestras comunidades serán hogar cálido, ni nuestras familias serán como «iglesias domésticas». María, que proclamó el Evangelio a los humildes y a los pobres, acompaña hoy también a la Iglesia en el camino de la evangelización en nuestro tiempo, es decir, de la nueva evangelización. Sin María no hubo misterio de la encarnación del Verbo de Dios, y sin María no habrá alumbramiento de Jesús, Luz del mundo, en cada generación y en cada hombre. La fe nace en el corazón de la persona con la intercesión maternal de santa María la Virgen Madre del Hijo de Dios. Recordamos de nuevo el Concilio, que establece una expresiva comparación entre la actitud de María y la evangelización: «La Iglesia, también en su labor apostólica, mira con razón a aquella que engendró a Cristo, concebido del Espíritu Santo y nacido de la Virgen, para que por medio de la Iglesia nazca y crezca también en el corazón de los fieles. La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor de madre que debe animar a todos los que colaboran en la misión apostólica de la Iglesia para engendrar a los hombres a una vida nueva»[17].

La transmisión del Evangelio requiere en el apóstol generosidad para anunciarlo con la palabra y la vida a los destinatarios, sufrir en ocasiones dolores como de parto hasta que Cristo sea formado en ellos y en virtud de la conversión, de la fe y el bautismo se establecen con los renacidos relaciones de paternidad y filiación (cf. *Hch* 20, 33 ss; *1 Co* 4, 14-15; *Flm* 10; *Ga* 4, 19). La unión entre el apóstol y los evangelizados puede adquirir la calidad de un amor tan entrañable como el del padre y el de la madre por sus hijos. Así escribe Pablo a los cristianos de Tesalónica: «Os tra-

17 *Lumen gentium*, 65.

tamos con delicadeza, como una madre cuida de sus hijos. Os teníamos tanto cariño que deseábamos entregaros no sólo el Evangelio de Dios, sino hasta nuestras propias personas porque os habíais ganado nuestro amor. Recordad, si no, hermanos, nuestros esfuerzos y fatigas; trabajando día y noche para no serle gravoso a nadie, proclamamos entre vosotros el Evangelio de Dios. Vosotros sois testigos, y Dios también, de lo leal, recto e irreprochable que fue nuestro proceder con vosotros los creyentes; sabéis perfectamente que tratamos con cada uno como un padre con sus hijos, animando con tono suave o enérgico a vivir como se merece Dios, que os ha llamado a su reino y gloria» (*1 Ts* 2, 7-12).

La familia es el ámbito insustituible, norte y asidero también en la evangelización. Si la familia se desarbola, quedan sus miembros a la intemperie, pierde la sociedad un pilar básico de estabilidad y la Iglesia padece un profundo desarraigo. En el matrimonio de nuestros padres hemos recibido el don de la vida; y la familia es la primera escuela donde se aprende a vivir y convivir, a creer y rezar, a incorporarse a la sociedad y a formar parte de la Iglesia. La familia y la Iglesia son inseparables para la tarea fundamental de formar personas y de transmitir la fe. El calor del hogar favorece la transmisión de la fe cristiana por los padres y su asimilación por parte de los hijos. ¡Que en la familia se vaya formando también la familia de la fe!

MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI A LAS FAMILIAS AFECTADAS POR EL ACCIDENTE DE PAPALLACTA DEL DOMINGO 24 DE SEPTIEMBRE

«Mons. Raúl Eduardo Vela Chiriboga
Arzobispo de Quito

El Santo Padre Benedicto XVI, vivamente apenado al conocer la dolorosa noticia del accidente de un autobús escolar en el sector de Paluguillo, que ha ocasionado numerosas víctimas mortales, algunos de ellos niños, y heridos, ofrece sufragios por el eterno descanso de los difuntos. Asimismo, ruego a vuestra excelencia que transmita el sentido pésame de su Santidad a los familiares de los fallecidos, junto con expresiones de consuelo, viva solicitud y deseo de pronto restablecimiento de los heridos, a la vez que imparte de corazón la confortadora bendición apostólica, como signo de esperanza en el Señor resucitado.

Cardenal Tarcisio Bertone
Secretario de Estado de Su Santidad»

Viene del interior de la portada

Documentos Arquidiocesanos

Administración Eclesiástica

Información Eclesial

Temas de Actualidad



S.E. Mons. Raúl Eduardo Vela Chiriboga,
Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador,
presidió la celebración de la ordenación episcopal
de Mons. René Coba Galarza y de
Mons. Danilo Echeverría Verdesoto,
Obispos Auxiliares de Quito,
el 11 de agosto, a las 10h00,
en la Iglesia Catedral.